

SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

**HORIZONTES
FEBRERO**

Lectulandia

Singular novela que mezcla elementos de novelas de espionaje —el protagonista es el agente 40 de la INTERPOL—, novela negra, y novela de aventuras —con los restos de una ciudad perdida en el corazón de la selva amazónica—.

Lectulandia

Peter Debry

Horizontes febriles

Bolsilibros: Servicio Secreto - 274

ePub r1.0

jala y xico_weno 01.12.17

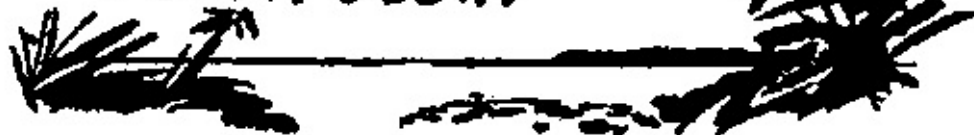
Título original: *Horizontes febriles*
Peter Debry, 1955

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

HORIZONTES FEBRILES

PAR **PETER DEBRY**



CAPÍTULO PRIMERO

El Clipper de la «Pan American», procedente de Nueva York, con escalas en Puerto Rico y Trinidad, fue descendiendo para su aterrizaje en la Ciudad Jardín de Sudamérica: Georgetown.

La azafata había ya entregado a los pasajeros el instrumento impreso referente a la rápida y práctica orientación de los que iban a conocer por primera vez la Guayana Británica.

Uno de los viajeros, robusto y de tez bronceada, leyó el primer titular, en rojo y con mayúsculas:

«*FORMULISMOS ADUANEROS*»

«No se requiere pasaporte para los ciudadanos británicos y norteamericanos. Deben solamente acreditar la posesión del billete de regreso a su punto de origen. Firmar una declaración por la que garantizan que su permanencia en la colonia no excederá de tres meses desde la fecha de su llegada. Y acreditar que poseen un mínimo de mil B. W. I.»^[1]...

El pasajero no necesitaba, por lo tanto, presentar ningún pasaporte; poseía el billete de regreso, ignoraba el tiempo que duraría su estancia en la Colonia, aunque firmaría el documento requerido, y había cambiado en Port-Spain, de Trinidad, el dinero que llevaba encima, por su equivalencia que eran dos mil trescientos cincuenta B. W. I.

Tiró la cajetilla de «Players Medium 50», su tabaco favorito, y encendió el último cigarrillo. La azafata se aproximó a él con una sonriente ojeada de reproche, señalándole el luminoso.

Estaban aterrizando y los fumadores debían contenerse hasta abandonar el avión. El pasajero asintió, y mojando las yemas de su pulgar y medio, apagó el punto rojizo, conservando el cigarrillo entre los labios. Tal vez tardaría en fumar «Players Medium 50»...

El avión fue disminuyendo sus vibraciones, y al ir abandonando la carlinga, los viajeros podían divisar ya la zona residencial de Georgetown, la florida población que se extendía a ambas orillas de la desembocadura del Demerara.

Seis empleados atendían a la rápida tramitación del formulismo aduanero. Un altavoz, en el autocar, iba reiterando:

«—Los señores pasajeros con destino a “Park Hotel”, “Hotel Tower”, “Kir-Or-a

Hotel”, de Main Street, tengan la bondad de ocupar la planta inferior. Los señores pasajeros con destino al “Woodbine Hotel” y “Carib Hotel” de Demerara Coats, tengan la bondad de ocupar el piso superior».

El pasajero, que no había encontrado «Players Medium 50» en el quiosco del aeropuerto, y quiso probar una especialidad indígena, hizo una mueca de asco, al aspirar la primera bocanada, sentándose en uno de los butacones del piso superior del autocar.

Por todo equipaje llevaba una valija de fuelle, y al emprender el viaje, le habían indicado como primera etapa en Georgetown, el «Hotel Woodbine», al este de la ciudad, en las proximidades del puerto fluvial del Demerara, el río que surcaba de norte a sur toda la Guayana inglesa.

Sacó de su bolsillo interior una cartera de rígidas cubiertas y, abriéndola, examinó una reproducción exacta del impreso que la «Pan American» le había entregado antes del aterrizaje.

Había una variedad en el impreso que estaba examinando: un subrayado a lápiz bajo «Woodbine Hotel», y otro bajo Kaietur Falls. Después de releer que el «Woodbine Hotel» era confortable, y que su bar tenía fama por hallarse provisto de todas las bebidas «universales», leyó el viajero lo referente a Kaietur Falls:

«Fabulosas cascadas, cinco veces más altas que las del Niágara. Una serie de pintorescos poblados extendiéndose desde Kaietur Falls hasta Tres Fronteras, límite fronterizo con Brasil y Venezuela, presenta al turista un caleidoscopio de extrañas costumbres y diversidad de razas, ofreciéndole la sensación de hallarse ante misteriosos horizontes jamás imaginados. Una hora de avión sobre la jungla separa Kaietur Falls de la capital. Tiene su salida todas las mañanas a las 9.30. Puede también solicitarse del British Tourist Guiana Committee, plaza en el avión de seis butacas para pasajeros que deseen seguir viaje hasta Tres Fronteras. Tarifa: 106 B. W. I.».

Bajo Tres Fronteras había un doble subrayado a lápiz.

Al apearse del autocar, comprobó el pasajero que era el único que se disponía a alojarse en el «Woodbine». Aquella calle se asemejaba a cualquiera de una capital provinciana estadounidense o británica, floridos los parterres por la primavera.

Salvo que en las riberas del Demerara, sólo variaba de una espléndida primavera a una calurosa, y prolongada temperatura estival.

El vestíbulo del «Woodbine» rutilaba de mosaicos, palmas abanicando desde el techo, y surtidores en su centro y patio. Junto al mostrador, se hallaba un individuo vestido de dril blanco, cuyo corto pantalón hacía más gruesas sus rodillas.

Cubría sus ralos cabellos pajizos con un casco de corchó, y destacaba en torno a su obeso talle, el cinto con cartuchos para el «Colt 45».

Tocó con la mano rígida el borde de su casco, y dijo en voz baja:

—Bien venido. Me he tomado la libertad de rellenar su hoja de inscripción en reserva de la habitación catorce. Es fresca y con vistas al puerto. Me llamo Albert Everett.

El grueso individuo de ancho rostro flácido y vacuos ojos inexpresivos, presentó una pluma al viajero, mientras con la otra mano asestaba una palmada sobre un timbre de mesa.

Acudió, sin apresurarse, un esbelto y menudo oriental, acreditando el otro apodo de Georgetown: la tierra de las Seis Razas.

Señaló Everett la página del registro que acababa de firmar el viajero por triplicado, y cogiendo la valija, echó a andar precediendo por las escaleras al recién llegado.

La habitación número catorce tenía un amplio balcón dando vistas a los espigones que se adentraban por el Demerara, formando varios muelles. Y un enorme ventilador en el centro del techo, que movilizó sus aspas de hélice, al presionar Albert Everett un botón.

El viajero abrió la única puerta, examinando la tina, la regadora y los dos depósitos, que componían el cuarto de baño. Después, sentándose en una mecedora de junco y mimbre, contempló las prendas colocadas sobre la cama.

Un casco de corcho deslumbrante de blancura, una camisa de sedoso tejido caqui, un calzón corto del mismo color, unas medias grises, unas botas de flexible piel amarillenta, y un cinto, cartuchera con un revólver «Webley».

Albert Everett, sentándose en otra mecedora, sacó de su cinto un pay-pay, y abanicándose con energía, declaró:

—Me remitieron su completa descripción, incluidas sus medidas.

—No me dieron las tuyas —replicó el viajero. Su tono era amable, pero no trataba de ocultar el recelo que ensombrecía sus ojos.

—Figura usted en la nómina de la Interpol^[2] con el número 40, sección sexta, la que dispone de agentes técnicos en cartografía, exploraciones e ingeniería fluvial. Le dirían antes de emprender su viaje que sólo podía confiar en la persona que en el «Woodbine Hotel» le dijera textualmente: «Un largo camino separa Tres Fronteras de la bifurcación del Casiquiare».

El adusto semblante del viajero se distendió en sonrisa amistosa, al contestar:

—«Es preciso recorrerlo cuidadosamente». ¿Puedo saber algo más de usted, Everett?

El agente 78 de la Interpol se tocó el rechoncho pecho con el pay-pay, al describir al hombre conocido en Georgetown:

—Cuarenta y ocho, años, soltero, con un harén de mestizas, seleccionadas no por su belleza, desgraciadamente ausente, sino por su profesión de camareras curiosas.

Vago, indolente, sospechoso de tráficos ilícitos, mal visto por las autoridades gubernamentales, tolerado por la policía colonial y considerado en definitiva uno más de los «*waiting-ship*» que pululan por la Guayana. Aventureros de dudosa procedencia, que llegan un día con los suficientes B. W. I. para recrearse en la contemplación de esta ciudad y de las Kaietur. Después, al prolongarse su estancia, dicen que «esperan su barco». Un barco que muchas veces nunca les llega. La misión que a usted le han encomendado, yo la hubiese aceptado hace unos años. Hoy me sobran grasas, me amodorro con facilidad y he perdido dureza en los puños. Usted es atlético, despierto y durísimo.

El agente número 40 levantóse, empezó a quitarse la ropa de ciudadano turista, cuyas prendas iba colocando en la abierta valija.

—Encontrará su equipaje en este mismo hotel, si regresa —prosiguió diciendo Everett, con entonación banal—. Dentro de una hora y diez minutos levantará el vuelo el avión de seis plazas. He reservado una a su nombre con la profesión inscrita en el registro del hotel. Usted se extasiará con los demás pasajeros ante la maravilla de las Kaietur. Y reemprenderá viaje hasta Tres Fronteras. Trataré de describirle lo mejor que pueda Tres Fronteras. Ha estado usted en la africana Kenya, en la selva panameña y en el Matto Grosso. Imagínese una coctelera lo suficientemente blindada para resistir las sacudidas explosivas, y mezcle lo peor de cualquier comarca sin autoridad legal, añádale gotas de los bajos fondos de Londres, Nueva York y París, unas lágrimas de desesperación, unos sollozos de rabia codiciosa, y obtendrá un pálido licor bastante parecido a lo que encontrará en Tres Fronteras.

Calzándose las botas, y abrochando las correas que ajustaban en torno a la pantorrilla, dijo el agente 40:

—Hace tiempo que me guió por un lema, Everett. Nosotros mismos, llevamos a cuestas el infierno, el purgatorio o el cielo, según actuemos de acuerdo con nuestra vocación y conciencia.

—Excelente máxima, mi buen colega, pero en el recorrido desde Tres Fronteras a la bifurcación del Casiquiare alienta una especie de locura. Un impulso maniaco de avanzar siempre en busca de un horizonte limpio, raso, sin miasmas de lujuriosa vegetación. Los franceses llaman a esta locura «fiebre del horizonte», y pese a que me reputan escéptico, no puedo negar que a partir y en torno de Tres Fronteras existe como un espíritu suspendido sobre los hombres más fuertes, que les transforma.

Abrochándose el cinto-pistolera, sonrió divertido el agente 40.

Hubo mayor gravedad en el grueso semblante de Albert Everett:

—Hace tres meses di la bienvenida a un agente colega. Sonrió también ante mis divagaciones. Le di las mismas pistas que a usted voy a darle. Y partió animado de un espíritu inquebrantable. Lo recogieron en un barcucho cerca de Puerto Esperanza, en el río Negro. Había sido un insobornable perseguidor del delito en todas sus manifestaciones. Tenía la reputación de ser insensible a las seducciones femeninas. Y tuvo la suerte de morir de insolación, porque hubiera sido penoso tener que

conducirle al patíbulo. Se llamaba Roe Hyme. Partió con la misma misión que usted se dispone a llevar a cabo. Y se convirtió en uno de los peores bandidos que infestan la jungla desde Tres Fronteras al Casiquiare.

—Lamentable —se limitó a opinar el agente número 40.

Albert Everett, poniéndose en pie, volvió a enfundar su pay-pay, y cogiendo un bloc que el agente 40 había sacado de su valija, alisó una hoja.

Fue trazando un croquis con una facilidad que denotaba que lo sabía de memoria. Hablaba mientras dibujaba, con la misma precisión.

—Los evadidos de Cayena y de los establecimientos penitenciarios venezolanos y brasileños buscan refugio en la Sierra Parima, que arrancando de Tres Fronteras, está a caballo del sur de Venezuela y norte del Brasil. Es genticilla por lo común del género, alimaña, y salvo que alguno de ellos posea cualidades como las que le adornan a usted, no son reclutados para esta misteriosa partida de superbandidos que domina toda la vasta extensión Oyana. Usted, por su físico, da la inmediata sensación de fuerza, decisión y cerebro. Tanto da ser el jefe de un gang como el agente número 40 de la Interpol. Las incursiones que realizan los componentes de la partida que debe usted localizar se caracterizan por un frío salvajismo. Tenemos la certidumbre, de conocer por sus antecedentes al menos a dos de esta partida que domina en la región Oyana. Uno de ellos es Niko Paluka, un exluchador armenio, evadido, de la cárcel de Surinan. Ha dejado las huellas de sus pulgares en las gargantas de los colonos de Manaos. Otro es Tom Barletti, un italo-yanqui. Tiene la manía de rematar con un disparo vaciando la pupila izquierda de su víctima. Estos dos asesinos, tras fugarse, fueron reclutados por la partida que opera en la región Oyana. Hemos de saber quién la dirige, qué finalidad misteriosa persiguen, cuál es su cuartel general... En fin, para esto ha venido usted. En Tres Fronteras sólo hay un hotel. Allí se alojó Rock Hyme, que esperó a que se formase un «safari». Es lo habitual. Nadie es tan loco como para emprender ningún recorrido al oeste de Tres Fronteras, a solas. Siempre hay alguien en el «Hotel Espuela», de Tres Fronteras, esperando que se organice un «safari». Usted, al inscribirse en el «Espuela», será muy solicitado dado su aspecto y el tecnicismo de la profesión que consta en su documentación. Desearle buena suerte es una fórmula destinada para los que la necesitan. Usted ha sido enviado con la etiqueta de superhombre. Lo era también Rock Hyme antes de internarse por la región Oyana y convertirse en uno más de la partida en la que figuran Niko Paluka y Tom Barletti.

Ya en la puerta, añadió Everett solemnemente:

—«Un largo camino separa Tres Fronteras de la Bifurcación del Casiquiare».

Estrechando la diestra que le tendía Everett, replicó el agente 40:

—«Es preciso recorrerlo cuidadosamente». Me aplicaré en ello, por la cuenta que me tiene.

Albert Everett, inundándose de cerveza fresca, vio surcar el cielo al avión llevando seis pasajeros con destino Kaietur-Tres Fronteras y retorno.

Alguno de ellos nunca más regresaría a la civilización, si es que podía llamarse

civilización el ambiente en que se movía Albert Everett.

Pero pensando en la misión del atlético y aplomado agente 40, Albert Everett se abanicó con voluptuosa complacencia: estaba en Georgetown, un verdadero Edén de las Mil y Una noches, comparado con el camino: que iba a recorrer su colega número 40, reputado como un «as» que supo triunfar en peligrosas cacerías del hombre en lugares como, Kenya, Panamá y Matto Grosso.

Lugares también plácidos y paradisíacos, comparados con la región enmarcada por la Sierra Parima al norte, los afluentes Branco y Negro amazónicos al sur, y al oeste por la bifurcación del Casiquiare.

CAPÍTULO II

De las cañas se desprendía un olor repugnante y dulzón que impregnaba el aire caliente y húmedo. Las cañas eran más altas que la mula, de cuyo roncal tiraba el hombre alto y fibroso.

Había comprado aquel animal con su alforja de carga, por noventa B. W. I., después de larguísimo regateo con el portugués vendedor de ganado y enlace para adquirir toda clase de armamento.

Aquel portugués había perjurado con numerosas imprecaciones pintorescas, que sólo vendía a hombres discretos y de categoría, y del mismo modo que con una simple ojeada acertaba la calidad de un caballo, estaba harto de reconocer al primer vistazo a un «valiente explorador».

Pero en el libro registro del «Espuela» de Tres Fronteras, el hombre alto y fibroso, en la casilla de profesión no constó como explorador.

Mientras daba cuenta de la «feijoada», mezcla de carne, judías negras y arroz, aromatizada con hierbas, seguía mostrando, una total indiferencia no fingida. Estaba acostumbrado a suscitar curiosidades.

El jamaiquino dueño del «Espuela» adivinó la razón por la que Bruce Jerrod, el londinense, se aproximaba al mostrador.

Y tendió el libro registro abierto por la página en que media hora antes había escrito el que ahora se hallaba terminando su cena.

Bruce Jerrod leyó:

«Buck Montez. Nacionalidad: Galveston, Texas (U. S. A.). Profesión: Cazador. Generales de la ley: Soltera, 31 años, documentación visada en Georgetown».

Cerrando el registro, comentó Jerrod:

—Cuando le sirvan el café, presénteme.

Fue a instalarse en una mecedora, donde sus anchas espaldas ocultaron por completo la rejilla de mimbre, y estaba encendiendo un cigarro «Suerdick», de rubia hoja, cuando vio al nuevo huésped, que, acercándose al mostrador, decía:

—Mientras me sirven el café en aquella mesita junto al surtidor, déjeme el libro registro.

Había una relación entre lo que pedía y la mirada breve que dirigió hacia Bruce Jerrod. El jamaiquino presentó el libro, introduciendo el índice entre dos hojas.

Al colocarlo sobre el mostrador, apoyó el índice en la hoja derecha, en la que leyó Buck Montez:

«Bruce Jerrod. Nacionalidad: Londres, Inglaterra. Profesión: Cartógrafo. Generales de la ley: Divorciado, 35 años, miembro adscrito de “New Society Cartography”».

Devolviendo el registro, Buck Montez fue a sentarse a la mesa con tapete verde y cuatro butacones. Siguió saboreando su café, elevando tan sólo las cejas al sentarse ante él Bruce Jerrod.

En el rostro brutal del londinense cartógrafo, había una expresión irónica:

—Ya nos hemos presentado mutuamente, examinando el registro. He conocido a algunos cazadores, pero ninguno con su portentosa facultad. Debo deducir que a una distancia de treinta pasos, su fino oído capta palabras murmuradas muy en sordina, y también avizora lo que uno lee.

Dejando la taza vacía en la mesita adjunta, replicó Montez:

—A treinta pasos, sin ser cazador, se distingue en un espejo que le miran a uno. Y en un pueblo como éste, tan apartado de los convencionalismos, nada es indiscreto. He comprado una mula, para que cargue provisiones suficientes que me permitan conocer de cerca a estos animales de la fauna misteriosa de la región Oyana.

Bruce Jerrod, sacudiendo la ceniza del cigarrillo, echó hacia atrás la cabeza para exhalar varios círculos de humo espeso. Después, redondeando los labios, lanzó una voluta rectilínea, que atravesó los círculos humeantes.

—Me complace su franqueza, Montez. Usted es cazador y estará habituado a recorrer selvas. Yo, por mi profesión, he trazado mapas de varias regiones. Me han encomendado intentar lo que, según Darius Jacobs, es casi imposible. Y los imposibles me seducen.

Buck Montez calculó que su interlocutor pesaba unos ochenta kilos sin un gramo de grasa. Ancho y macizo el cuello, sólidas espaldas y una decidida expresión en el verdegris de las pupilas.

Pupilas semejantes a las del onza, el leopardo brasileño, que prefiere atacar por la espalda, cayendo desde la rama de un árbol...

—¡Mulliner! —llamó Jerrod.

El jamaiquino se aproximó con rapidez. Se le notaba que si Bruce Jerrod no le era simpático, estaba muy dispuesto, no sólo a no exteriorizarlo ante él, sino a reconocerle el derecho a ser autoritario.

—Llame al señor Jacobs de mi parte.

Al alejarse Mulliner, añadió Jerrod:

—Darius Jacobs es un sabio etnólogo, nativo de Liverpool. Ha publicado estudios muy interesantes sobre tribus diversas. Pero no es un hombre de biblioteca tan solo.

—Lo supongo, del mismo modo como salta a la vista que usted no dibuja sus mapas solamente con una caja de compases y tiralíneas.

Bruce Jerrod, dando una palmada al revólver cubierto por negra funda, especificó:

—El uso de armas es no sólo legítimo, sino elemental en esta comarca. Usted, como cazador, debe ser un amante de las armas. Precisamente discutía con Jacobs ayer mismo acerca de las ventajas del «Springfield» sobre el «Winchester»... Buenas noches, Jacobs. Permítame presentarle al cazador Buck Montez, que se propone afinar la puntería en la fauna de la región Oyana.

Darius Jacobs tenía del investigador científico la ancha frente y la acerada mirada. Pensó Montez que no sólo podía internarse en cualquier poblado salvaje, sino que amedrentaría a cualquier brujo o santón.

Su anatomía recordaba la figura del antropeide. Facies prognática, salientes los huesos nasales y de la mandíbula superior, largos brazos desproporcionados con las cortas piernas, ancho torso y abundante vellosidad, resaltaba aún más la fealdad de Darius Jacobs en contraste con las apuestas y viriles figuras del cazador tejano y del cartógrafo londinense.

Apenas se sentó, Jacobs inquirió con evidente interés:

—¿Conoce la región Oyana?

—No. Es mi primer contacto con esta comarca.

Bruce Jerrod, tras repetir su filigrana de humo, apuntó con el cigarro hacia Darius Jacobs.

—Usted y yo, por motivos científicos, deseamos explorar el sur de Sierra Parima. Ha intentado usted en vano conseguir unos cuantos portadores y un guía. Buck Montez es hombre avezado a penetrar en comarcas inexploradas o de difícil tránsito. Creo que ha sido providencial la llegada de Buck Montez. Hable con su acostumbrada rectitud, Jacobs.

El etnólogo contempló los giros del ventilador, mientras hablaba con entonación apacible:

—He recorrido el camino de los Maya, yo solo, con varios portadores supersticiosos y crédulos. He conocido tierras infestadas de leyendas. Mi disciplina mental consiste en no prestar la menor fe a leyendas ni habladurías. Pero desde mi llegada a Tres Fronteras intento en vano luchar contra un obstáculo invencible. Ni pagándole su peso en dólares, encuentro un portador. Sólo quieren caminar por la senda explorada, o sea las riberas del Blanco hasta Manaos, y las riberas del Negro hasta la frontera colombiana. Mencionarles el sur de Parima es provocar en cualquiera de ellos toda clase de exorcismos, Por lo que he oído, he podido dividir el camino para llegar al centro de la tribu Oyana, en cuatro zonas: la primera, desde aquí al lago Caroni, supone diez días de camino. En estos diez días, puede uno tropezarse con cualquier aldechuela, con un grupo de bandidos cuyo cabecilla, llamado Camacho, corta las orejas y la lengua del portador que se atreva a conducir a ningún blanco.

Bruce Jerrod estalló en una carcajada brutalmente divertida.

—No es leyenda —dijo aún riendo—. La fama de la cuadrilla de Camacho se debe a que son varios los mestizos que carecen de orejas y lengua. Esta sanguinaria

excentricidad es debida, según cuentan, a que Camacho, un fugado de presidio, busca por el nacimiento del Caroni una mina de zafiros y debe imaginarse que cualquier blanco puede ser un prospector de minas y, por lo tanto, enojoso competidor.

Buck Montez se apuntó con el índice, señalando después a los otros dos:

—Disponiendo ustedes de las suficientes municiones y un buen rifle, la primera zona es transitable. En la selva o en Chicago, un arma bien manejada abre paso.

—Estoy familiarizado con mi «Winchester» —afirmó Jacobs—, y pese a la opinión de Jerrod, lo prefiero a su «Springfield».

—Buck Montez es ecléctico —sonrió Jerrod—. Pude ver que el estuche que colgaba de su hombro, mientras se cuidaba de alojar su mula, contenía dos rifles: un «Springfield» y un «Winchester».

Buck Montez replicó:

—El «Springfield» es excelente para cortas tiradas. Se recalienta antes que un «Winchester». Dando por hecho que en compañerismo, nosotros tres llegamos sin contratiempo, al oeste del nacimiento del Caroni, ¿qué nos espera en la segunda etapa?

Miraba a Jacobs, quien, con mueca de asco, que acentuó su fealdad, comentó:

—Aseguran los naturales de esta frontera que, a partir del nacimiento del Caroni, al internarse por la región Oyana, aparecen toda clase de animales escalofriantes: vampiros, monos barbudos, gatos salvajes, lobos rojos... ¿y cómo no?... las arpías de largo cabello, arco con flechas y bélicos instintos: las Amazonas.

Bruce Jerrod apuntó su cigarro hacia Buck Montez, diciendo:

—Un geólogo compatriota suyo, explorando el sur del Orinoco, hasta Sierra Parima, aseguró que pudo encontrar grupos de Amazonas que luchaban contra las tribus masculinas, incendiando sus aldeas y apoderándose de todos los varones de corta edad. Presentó un informe según el cual estos niños eran entregados a una bruja Amazona, que les hacía beber durante tres años dos veces por día un jugo de plantas misteriosas que tenían por efecto provocar en ellos un cambio de sexo, convirtiéndolos en nuevas Amazonas, tan belicosas como las raptoras.

Darius Jacobs se aplicó un puñetazo en la palma zurda, protestando:

—Le reprocho su tendencia a burlarse de todo, Jerrod. ¿Quiere o no quiere ser el primero en trazar el mapa de la región Oyana?

—Usted mismo, dice que las leyendas...

—Se desmienten cuando se ha comprobado su carencia de base científica. Como le decía, ésta es la segunda etapa. Y llegamos a la tercera, al aproximarnos al afluente del Branco, no navegable por embarcación de quilla; el Urú, que podemos considerar, por las referencias verbales, como el trazo líquido que divide simbólicamente en dos la región Oyana, y en cuyas riberas se hallan las chozas de la tribu principal, cuyas características y costumbres deseo estudiar. Y en ésta, zona existe, según la misma fuente de información, una extraña secta de seres blancos, salvajes y exterminadores.

—¿Cuál es su fuente de información, Jacobs? —indagó Buck Montez.

—Ruby Benton, una inglesa preciosa —manifestó Jerrod—. Hay que verla y hablar con ella para poder clasificarla... sin acertar. Jacobs opina que es una aventurera. Yo esperaré a que usted me de su opinión, Montez. No creo equivocarme al suponer que usted tiene tanta experiencia en rifles como en mujeres.

Buck Montez dijo con deliberada lentitud:

—Un rifle puede desmontarse, y estudiando pieza por pieza, se puede estar seguro de su funcionamiento. Citó antes cuatro etapas, Jacobs.

—Yo quiero tan solo, conseguir llegar al Urú. Pero Jerrod desea llegar hasta la Bifurcación del Casiquiare, al extremo más occidental e inexplorado de la región Oyana, yendo por el sur de Parima.

Poniéndose en pie, concretó Montez:

—Si no se encuentran portadores, compren una mula. Por mi parte, prefiero conocer la fauna de la región Oyana, acompañado por dos científicos, que saben manejar un rifle. ¿Están dispuestos a emprender la primera etapa mañana al amanecer?

—Estoy a sus órdenes, Montez —dijo Jacobs, tendiendo su diestra—. De nosotros tres, le considero el más capacitado para saber orientarse: Voy a acabar de hacer mis preparativos.

Se alejó con su paso grotesco, de robusto pitecántropo.

Bruce Jerrod no tendió la diestra. Dijo:

—Acabaré de trazar el primer croquis aproximativo del camino hasta el manantial del Caroni. Le recomiendo visite el único salón de té de Tres Fronteras. Así lo llaman los nativos, desde que Ruby Benton se hizo cargo de la propiedad de lo que antes era un infame tugurio. No tiene pérdida: al extremo oriental de esta calle, oírás gemir el tocadiscos. Ruby Benton adora los lánguidos compases melódicos. Y acoge con gran cordialidad a los forasteros de civilizado aspecto. ¿A qué hora nos reunimos para iniciar el primer tramo de exploración?

—Yo pienso despertar a mi mula a las cinco y cuarto. Buenas, noches, Jerrod.

—Le sean propicias, Montez.

Por el espejo, tras el mostrador, al dirigirse a la salida, vio Buck Montez la filigrana de los redondeles de humo atravesados por la rúbrica de Bruce Jerrod.

Volvió a pensar en el onza. Un espléndido felino, fuerte y acometedor, pero que prefería atacar por te espalda.

CAPÍTULO III

A medida que iba acercándose al extremo de la calle, oía Buck Montez con más claridad las palabras del refrán cantado por el disco:

*«La luna está brillando,
susurran las estrellas...».*

Nunca había oído susurrar a las estrellas, pero había dormido muchas veces teniendo por pantalla de su mesita de noche, el disco lunar brillando. Brillando como aquel extraño pendiente que llevaba colgante de la oreja un moreno efebo, tieso y melenudo.

Era seguramente una gargantilla, que había adornado antes el cuello de una mujer. Ahora, sus tres hileras de eslabones de oro y bronce formaban como dos esposas. Una de ellas rodeaba la oreja de aquel moreno sujeto, y la otra rozaba la hombrera de su camisa color salmón.

Buck Montez recordaba haber advertido aquel brillo cuando, alojada su mula, colgó de su hombro el estuche con los dos rifles y cananas de municiones.

También había avistado aquel brillo de bronce y oro mientras charlaba con Bruce Jerrod y Darius Jacobs.

Ahora, al detenerse ante uno de los ventanales del «Tea Saloon», le llegaba netamente al oído la nueva queja cantada de otro disco: «Bailando con lágrimas en los ojos».

En la otra acera, el muchacho, del pendiente-gargantilla estaba esperando. Era indudable que espiaba los movimientos de Buck Montez.

Éste contempló por la abierta ventana el interior de la sala en que el tocadiscos emitía sus gemidos. Una magnífica «Sunbeam», importada de Norteamérica, con su arcada de agua fluorescente de colores cambiantes, y sus seis columnas de seis discos cada una.

La sala estaba decorada exactamente como un «pub» londinense. Techo bajo de artesonado oscuro, paredes con panel de caobilla, mesas redondas con mantel de hule, sillas Chippendale.

Un bar con estantería jacobina, y un asiático de elevada estatura, vertiendo en las dos únicas copas ginebra y Martini.

Sólo había dos concurrentes. Bailaban con total entrega al ritmo. Él era alto, de agradable rostro juvenil, elegante en su traje gris-nylon. Su negro cabello rizado hacía más profundamente claros sus ojos.

Ella era la inglesa prototipo de belleza. La inglesa uno por mil, que al ser bonita, atesoraba perfecciones visibles. Tez nacarada, mejillas infantiles, candidez azul en los

grandes ojos, risueña sensualidad en los carnosos labios.

Su vestido de blanco fondo con estampados negros modelaba una anatomía que justificaba la extasiada expresión del joven bailarín.

Buck Montez abandonó la acera, para pasar bajo el dintel sobre el que, letras pintadas con esmalte luminoso, decían:

«Tea Saloon Betty Brown».

El corredor tenía al final una gran puerta abierta. Humo, mesas de juego, un teatrillo en cuyo tablado se contorsionaban mulatas, fue observando Montez, parado en el umbral.

Funcionarios coloniales, aventureros de toda índole, plantadores de fazendas, prospectores de minas...

Dio media vuelta alejándose de aquel ruido cacofónico, y aproximándose a la puerta tras la que el tocadiscos salmodiaba ahora «Sucedió en Monterrey».

Ruby Benton debía tener una marcada afición a las melodías de los «felices 30».

Llamó en la puerta, y acudió a abrirla el asiático de elevada estatura, que mantuvo, asido el abridor. Buck Montez empujó con el pecho...

Desde el mostrador, la inglesa pareció detallar al visitante. Movi6 la cabeza en signo afirmativo, y el chino del Norte abandonó todo interés por la puerta, que cerró el propio Montez.

Ruby Benton, sentada en el alto taburete, volvió la espalda a su acompañante, fijando sus azules ojazos en el que avanzaba hacia el mostrador.

Era evidente que detallaba con complacencia femenina la elástica musculatura, el enjuto y atezado semblante de grises ojos y castaño cabello, y la prestancia de hombre seguro de sí mismo que emanaba del cazador.

—Buenas noches. Me llamo Buck Montez. Oí una música civilizada, les vi bailar en atinada armonía y, si sobro, díganmelo sin rodeos.

Ruby Benton se limitó a manifestar:

—Sírvele al «señor» Montez lo mismo, Yang-Hu.

Apeado de su taburete, el joven de ojos clarísimos y negro cabello, igualaba en estatuara al alto cazador. Tendió la diestra, con sincera sonrisa:

—Somos casi compatriotas. Mi apellido es Randal, y tuve la desgracia de que mi familia se afincase en Boston. Por eso me enjaretaron los nombres de Gregory, Reginald, Evelyn, Percival. Me quedé en Gregg Randal.

—El joven Randal es un pícaro de arrolladora simpatía, «señor» Montez.

—Gracias, aunque si es con intención peyorativa que insistes en recalcar mi juventud, debo hacer constar que he cumplido ya los treinta, Pero si me conservo tan terso, es porque practico toda clase de deportes.

—Carreras a pie ante la policía, entre otros —rió Ruby Benton—. A nuestra larga salud.

Bebió Montez, calculando que la inglesa se hallaba en la frontera de la dulce euforia y la melancólica borrachera.

Gregg Randal tenía la ventaja de poseer aquellos ojos extraños, de diminuta pupila y mucho blanco. Ojos que parecían transparentes, y en ellos el alcohol no podía trazar sus líneas rojizas o sus fugitivos fulgores.

A través de la ventana abierta, se divisaba la otra acera. Sentado en la valla de madera de un abrevadero para caballos, él adolescente de tieso torso y larga melena parecía un idolillo maya...

—¿Negocios, «señor» Montez? —inquirió ella.

—Mi apellido es de ascendencia española, Ruby. Pero no soy hidalgo, sino un tejano cazador.

—¿Y cómo conoce mi nombre? Yo no lo dije, tampoco Gregg, y mucho menos Yang-Hu.

—Vengo del «Espuela». Me han citado este local y a su preciosa dueña.

—Seguro que ha sido Bruce. Otro hombre guapo. Es mi terror...

—¿Este Bruce? —quiso saber Randal, súbitamente agresivo.

—Todos vosotros. Todos los hombres guapos, muy hombres... ¡Refrigera, Yang-Hu! Cierra la ventana, abre la puerta y desaparece de mi vista. Estoy infinitamente triste...

Yang-Hu presionó los resortes de la refrigeración artificial, fue a cerrar la ventana, y se dirigió hacia la puerta. Impasible, como un coloso guardián de una Ciudad Sagrada.

Ruby Benton, cogiéndose del brazo derecho del tejano, aceptó que su diestra fuese apresada por Gregg Randal.

—No puedo bailar con los dos a la vez. Dejemos descansar a «Gogo». Cuando estoy muy sola, su música me reconforta.

—A mí me apabullaría —afirmó solemnemente Randal.

Ruby Benton se sentó encima de la mesa, dando la espalda al mueble tocadiscos. Contempló pensativa a los dos hombres ocupando sillas a cada lado de sus esbeltas piernas.

—Hace unas semanas prometí que nunca volvería a enamorarme. No era una promesa muy difícil en un infierno como éste, en el que abundan los torpes ingleses, los pesados franceses, los sudorosos sudamericanos... Y aparece Bruce Jerrod, guapo como un tigre, mordaz como el propio Don Juan... Después, llegas tú, Gregg, fascinador, pícaro gran señor... Porque tú procedes de aristócratas. No lo niegues. En Boston todos son aristócratas. Y eres un hombre de cultura, que emplea palabras como «peyorativo». Tengo, sed, Gregg.

El bostoniano se encaminó hacia el mostrador.

Ruby Benton, cruzando las piernas, hizo oscilar una de ellas, murmurando:

—¿Es mirada de cazador o mirada de insolente descarado?

—Purísima ojeada de hombre. Si está usted tan apetecible, no tiene por qué

disimularlo, ni yo tampoco.

Dejando sobre la mesa dos frascos y tres copas, los ademanes de experto camarero, rezongó Randal:

—Los tejanos suelen ser muy confianzudos, Ruby.

—La sinceridad es abominable por lo rara —sentenció ella—. Por nuestra larga vida.

Bebió de un sorbo y, mirando la vacía copa, añadió:

—Mi brindis es insincero, falso, convencional. Sois hombres destinados a morir pronto, como el apolíneo Frank, como el enérgico Rock...

—Yo conocí a un Rock —aseguró Gregg Randal—. ¿Rock Van Eyck?

Ruby Benton sacudió los cobrizos cabellos en negativa.

—Se llamaba Rock Hyme. Ha sido el último hombre del que me enamoré. Y al igual que Frank, se perdió en la muerte Oyana. Y por eso ya no quiero enamorarme. Hombres de vuestras trazas vienen aquí para intentar proezas. Como Bruce, que quiere rellenar papel milimetrado con la orografía de la región Oyana.

—Yo quiero rellenar el virginal tejido de mi corazón con la orografía, de tu misteriosa belleza, Ruby —declamó Randal.

Buck Montez pensó en un hermoso, zorro, riente, pícaro, declamatorio... Transformándose en un agresivo y durísimo animal combativo. Así se le antojaba Gregg Randal.

—¿Por qué soy misteriosa yo?

Contestó Montez...

—Una dama británica, bonita, inteligente, ¿qué hace solitaria en un infierno como Tres Fronteras?

—Si fuese inteligente no me hubiese enamorado de hombres como vosotros. Porque Frank y Rock eran como vosotros. Aventureros de alta clase. Tú no me engañas, Gregg... Tú no has venido a Tres Fronteras buscando tan sólo un clima tranquilo en el que la policía no insista demasiado.

Buck Montez estimó que había llegado el momento de disparar...

—Que me echen, si esta conversación no tiene un gran parecido con un interrogatorio. «Tú no me engañas, Gregg»... «Eres misteriosa, Ruby»... Yo estoy ya catalogado. Mañana al amanecer voy a comprobar qué clase de fauna pulula por el sur de Sierra Parima.

Gregg Randal, poniéndose en pie, se quitó la chaqueta de nylon, colgándola cuidadosamente del respaldo de su silla. Se aflojó la corbata blanca, y abriendo el cuello de su camisa color crema, invitó riendo:

—Siga usted con sus abominables sinceridades, tejano, y le enseñaré prácticamente el método empleado por Joey Maxim para tumbar por más de la cuenta a Heinz Mullen.

—Yo no soy Heinz Muller —afirmó Montez.

Adelantó ella los dos brazos, diciendo suavemente:

—No se comporten como lo que son, sino como caballeros, por una vez al menos. El «señor» Montez debe imaginarse que soy agente del Servicio Secreto británico. Una región con tres fronteras es la ideal para los manejos de los anticolonialistas.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Randal, volviendo a sentarse.

Mezcló ella otro combinado, en los tres vasos. Bebieron ella y Randal. Cuando vació su copa, señaló ella la intacta.

—¿Tiene miedo de perder el control de su sinceridad, «señor»?

—Tengo que despertar a mi mula a las cinco y cuarto. Entonces, continuando con el interrogatorio, ¿el joven bostoniano le parece un agente terrorista de los que sublevan tribus?

—Oiga, tejano, a mí no me... Bueno, no lo puedo remediar. Con toda su desfachatez, no me es odioso tu nuevo conocido, Ruby. A mí apártenme de toda relación con revolucionarios asalariados o fanáticos.

—Pero eres de mentalidad anarquista, Gregg. Me confesaste que eres la «oveja negra» de tu familia. Que huiste de Boston porque querías hacer valer tu derecho de disponer de ti mismo.

Rió ella antes de añadir:

—Y ésta es precisamente la fórmula que repiten los anticolonialistas a los jefes de tribu, al repartirles armamento: «Sois pueblos libres de disponer de vosotros».

Gregg Randal, alzando los robustos hombros, dictaminó:

—Estaba mucho mejor cuando, a solas, podía susurrarte ternuras en la sonrosada caracola de tu orejita.

—Por mí, ya puede de nuevo balar ternuras, Randal. Ya se le pasó el susto a Ruby.

Volvió a levantarse Randal, que, retrocediendo dos pasos, invitó:

—En guardia, tejano. Hace tiempo que no tumbo por más de la cuenta a un digno adversario. ¿Quién demontres es usted para insinuar que mis ternuras asustan, a Ruby?

Buck Montez, en pie, señaló con el pulgar por encima de su espalda.

—Lo que asustó a Ruby fue divisar a un efebo melenudo y tieso, apostado allí, espionando. Cuando ella lo vio, tuvo la expresión de la gacela enfocada por un riñe.

¿Era el alcohol? ¿Eran naturales instintos combativos...?

Buck Mentos blocó con los antebrazos el voleo de los dos *swing* que Gregg Randal le asestaba. Se ladeó para, al bajar un antebrazo, colocar el puño a un lado del cuello de Randal...

Y retrocedió, diciendo:

—Déjese de jugar a ser Joey Maxim, o le va a dolor...

Cerró la boca, levantando el puño derecho, y avanzando en directo el izquierdo, Gregg Randal pasó bajo la guardia de mayor envergadura, y encajando el uppercut, aporreó en serie rápida los flancos del cazador.

Ruby Benton, aproximándose al tocadiscos, cogió una ficha y la introdujo en la

ranura junto al título «Té para dos».

Gregg Randal elevó los brazos, abriéndolos. Hizo una reverencia y volvió a erguirse.

Quedó boca arriba sobre el *parquet* de madera, netamente fuera de combate.

Buck Montez se pasó el dorso de la mano por la comisura labial que sangraba y dijo apreciativo:

—Pega bien, pero ignoraba que Joey Maxim es uno de mis favoritos, y le sigo todos los combates relejendo Prensa atrasada. Conozco su táctica. Doble *swing* de finta, serie a los flancos, y de pronto ganchos cortos. Pero antes de que colocase sus ganchos cortos, le metí yo el estómago en la garganta. Repítaselo cuando vuelva en sí, Ruby. Le dolerá menos...

Ruby Benton empleó un minúsculo pañuelo para airear al noqueado. Arrodillada, revelaba la gran elasticidad de su figura.

—¿Debo algo, Ruby? —preguntó Montez, dándose toques en la leve hinchazón junto a los labios, con las yemas empapadas en ginebra.

Levantó ella los azules ojos:

—Es usted muy observador, Buck. Debe ser por la costumbre de acechar fieras. ¿Las caza vivas para un Zoo? Puede que usted regrese de la región Oyana. Si estoy todavía aquí, invíteme a bailar. Debe ser emocionante oírle susurrar ternezas.

—No se lo pierda —sonrió Montez—. Ya volveré. Siempre he regresado de mis cacerías.

Se removía en el suelo Gregg Randal, la «oveja negra» de una aristocrática familia de Boston.

Al salir al corredor, Buck Montez examinó a Yang-Hu. Éste permaneció impasible.

En la otra acera, el efebo melenudo, del pendiente gargantilla, seguía sentado en la valla abrevadero. En su morena tez destacaron los blancos dientes. Una mueca de gato cerval, pensó Montez, que sumergiendo las manos en la fresca agua, comentó en portugués:

—¿Tomando el fresco?

Los negros ojos le miraron con acentuada hostilidad.

—¿Aspirando el relente? —indagó Montez en español.

Las delicadas facciones del adolescente, de largas piernas embutidas por el amplio pantalón que en los tobillos se ajustaba en polaina, cerrando el empeine de la bota jineta brasileña, se dulcificaron al asentir en silencio.

Buck Montez contempló el machete atravesado a lo ancho, sostenido bajo su empuñadura por la faja de seda roja. Un arma-herramienta para los «matteiros» de cualquier fazenda.

—Hermoso pendiente, «matteiro». Buenas noches.

—*Eia* —silabeó el adolescente, ambiguo.

Una despedida lacónica, cortés y que intercambiaban en sus encuentros los

recogedores de hierbamate, café y caña.



En su habitación del «Espuela», Buck Montez comprobó que seguía intacto el candado cerrando su estuche de rifles y municiones. Después colocó en el reborde de la ventana, tras la tela metálica que podía apartarse, un largo y estrecho cepo plano.

Bajo la almohada de muselina, enfundando viruta de corcho dejó su revólver. Era un cazador que procuraba siempre regresar lo más indemne posible de sus cacerías.

CAPÍTULO IV

Su reloj «*Cricket-Vulcain*», de esfera fosforescente y campanilla despertadora, marcaba las cuatro cincuenta y seis de la madrugada, cuando en el cerebro de Buck Montez repiqueteó la llamada de alarma a su sexto sentido.

No era en la ventana, sino en la puerta, que estaban arañando en torno a la cerradura. No era una llave, sino una mano la que producía aquel leve ruido.

Buck Montez abrió la puerta...

La mano que arañaba perdió su apoyo, y el torso del hombre medio tendido en el suelo, se desplomó. Había sangre en la mano y a lo largo del brazo. Procedente de una brecha marcando, en raya sangrienta la parte superior del brazo izquierdo.

Buck Montez arrastró por el cuello de la camisa y el cinto del pantalón a Gregg Randal, hasta dejarlo con la barbilla apoyada en el respaldo de la silla, que le hizo cabalgar.

Aquel bostoniano de clara mirada impresionante, no estaba malherido. Era apenas un refilón de bala lo que había mordido su carne, sin afectar ni músculo ni hueso.

Pero debía haberse agitado mucho desde que el plomo le rascó a veinte centímetros encima de la zona cardíaca. La sangre estaba reseca.

Del bolso-botiquín extrajo Montez una lanceta, que impregnó de mercurio-cromo. Al inclinarse sobre la espalda de Randal, notificó:

—Hay tierra en el rasguño. Puede que el raspado le haga ver las estrellas.

Consiguió Randal apoyar la cara sobre sus dos antebrazos cruzados encima del respaldo, habló resollando:

—Me ha costado más tiempo y fatigas llegar hasta su habitación, que perseguir a los forajidos...

Aplicó Montez la gasa, apretándola con una cruz de esparadrapo. Tendió un frasco metálico, explicándole:

—Brandy añejo con quinina. Basta un sorbito... ¿Cada vez que le hieren viene a despertar a un desconocido? Aunque hayamos hecho guantes a puño limpio, no tenemos la suficiente confianza todavía...

Devolviendo el frasco metálico, replicó Randal:

—Me inspira usted confianza, Montez. Dijo anoche que a las cinco y cuarto despertaba a su mula. Usted, como cazador, puede seguir un rastro. Yo lo intenté inútilmente...

Secándose las manos, Buck Montez fue a coger un termo. El olor del café suscitó en Randal un lengüeteo humedeciendo el trasiego de dos sucesivos cafés desde el tapón vaso a la garganta del cazador.

Empezó Montez a vestirse, diciendo:

—Debió darle más fiebre la bala que se alojó cerca de la espina dorsal. Ya que ha

venido, cuéntemelo todo, pero después haga rellenar el termo con «caracolillo-feizinho».

Gregg Randal, al vaciar el segundo vaso, movió el brazo izquierdo. No le molestaba, salvo el resquemor del desinfectante.

—Cuando volaron los ruiseñores abandonando mi sesera, averigüé por Ruby que usted conocía la técnica de Joey Maxim. Pero ya lo había comprobado prácticamente. Sé perder.

—Y yo sé ganar. Posiblemente si usted no alude a Maxim, me hubiera costado bastante ejercicio dejarle inmóvil.

Levantándose, hizo Randal unas cuantas flexiones, aspirando y expeliendo aire. Dijo al acabar su gimnasia:

—Supongo que pensará usted seguir por los senderos practicables hasta el Caroni.

—Es la única pista de acceso a la región Oyana. Sería más cómodo recorrerla a caballo, pero, el chalán que me vendió la mula, juró por toda su parentela, que no había un solo caballo en venta.

—Yo puedo proporcionarle un soberbio ruano. Pertenece a la caballeriza de Ruby Benton, pero Yang-Hu no se opone a que disponga del ruano y del alazán. Lo encontré convertido en un salchichón.

—Yo le dejé a usted sonriendo bajo el vaporoso perfume de un pañuelo agitado por Ruby.

—Comprendo que deba empezar por el principio. Bien, al reponerme del «k. o.», Ruby me insinuó la posibilidad de que usted fuera un colega de Rock Hyme.

—¿Quién era Rock Hyme?

—Un policía que iba a descubrir la guarida que por las cercanías del Urú, esconde a unos forajidos que son prácticamente los dueños y señores de la región Oyana. Se marchó y lo encontraron muerto de insolación, en una lancha a la deriva cerca de Manaos. Esto me lo contó Ruby. Después insinuó que también podía ser usted un tipo como Frank Wolburn, una mezcla de científico y pistolero... A mí los comadreos no me aburren, pero Ruby es tan seductora, que presté poca atención. Bebimos, bailamos, charlamos y se empeñó en echarme, alegando que me volvía demasiado apasionado. Tuve que apelar a la educación recibida para marcharme. Fui a beber licor refrescante en la tienda desde la que se divisa este hotel y el salón de té. Le sirven a uno llevándole el licor a la hamaca. Y fue culpa del licor. No, no estaba borracho, sino todo lo contrario, ya que el «cachaca» despeja y vigoriza. Pero pensé que era una especie de sueño en semivela. Agradable visión la de Ruby con sólo una prenda de seda y encaje.

Sobre la camisa de recia tela, ajustó Montez el cruce de los tirantes con cartuchos, sujetándolos a los broches del cinto pistolera.

—Salté de la hamaca del todo despierto. Ruby tenía las dos manos atadas al arzón de una silla, y el caballo en el que iba montada, lo llevaba de la brida, un magro sujeto de bigotes caídos. Lo azuzaba un muchacho también renegrado por soles e

intemperie. Corrí hacia el salón de té. En el corredor estaba Yang-Hu, atado y medio mareado aún por el golpe que recibió en la cabeza, dado con el mango de un machete. Salté a lomos del alazán, en el que ya había paseado acompañando a Ruby.

Colgando de su hombro el saco en el que ya había introducido el cepo quitándolo de la ventana, abrió Montez la puerta.

Le siguió Randal, que reanudó su narración cuando Montez estaba «despertando,» a la mula. A la entrada del establo, hallábanse ensillados y sujetos al pesebre dos buenos ejemplares de resistente cruce inglés y español: un alazán y un ruano.

—Este alazán se portó bien y no fue culpa suya que más allá del cañaveral al oeste, el balazo le hiciese esconder la cabeza entre los remos delanteros. Me caí de la silla.

—Y la corcova del alazán le salvó la piel, Randal. El balazo iba dirigido a su víscera cardíaca.

—Cabalgué de nuevo, pero sangrando, y a medida que se espesaban los senderos, fui perdiendo el rastro. Recordé que usted pensaba esta madrugada ponerse en marcha y decidí pedirle que me permitiese acompañarle.

Atando en reata la mula a la silla del ruano, replicó Montez:

—Llegando al manantial del Caroni, ya no sirven los caballos por la floresta hasta el Urú. Así podrá usted devolverle los dos caballos. Yo no me comprometo a ayudarle a rescatar a Ruby, pero si encuentro rastros no veo porque no se los señalaría. Tres caballos, uno de ellos conducido, dejan huella durante algunos días, si no llueve.

—Gracias, Buck. Pensé que aceptaría y ahora iré en busca de lo necesario. Saco de provisiones, manta y mi Webley.

—Veinte minutos. Si tarda más, alcánceme al oeste del cañaveral.

Al salir, Gregg Randal se cruzó con Bruce Jerrod. Ambos intercambiaron un breve saludo, casi hostil.

Bruce Jerrod, dirigiéndose al compartimiento en que se hallaban un negro potro y una mula de gran alzada, fue cargando alforjas. Sólo al ensillar el potro, comentó:

—Convinimos en ser tres nada más, Montez.

—Yo no convine nada. Les acepté como compañeros de camino.

—¿Para qué quiere venir con nosotros este botarate?

—Pregúnteselo al propio, botarate. Y yo nunca doy consejos, sino opiniones, Jerrod. Si usted cree que Gregg Randal es un botarate, no haré uso yo de ninguno de los mapas que usted elabore.

—Buenos días, buenos días —reiteró Darius Jacobs, acercándose—. Es usted prodigioso, Buck. Anoche pensé que deberíamos alternar los tres con dos caballos, y veo que ya dispone no de montura, sino de dos soberbios ejemplares.

—Uno lo montará el de Boston —especificó Jerrod—. Este señorito que conocimos cuando usted visitó el salón de té. Yo no pienso aminorar la marcha, para esperar a que el joven Randal se ponga talco en los pies, o se prepare una merienda.

Darius Jacobs, sujetando las estriberas de su blanca yegua, sentenció:

—Lo primordial en toda humana relación es la mutua tolerancia de los mutuos defectos, Jerrod. Yo acepto y doy por buenas las decisiones que tome Buck. ¿En qué orden, distancia y cometido cabalgamos, Buck?

Llevando de la brida al ruano, Buck Montez consultó la abrazadera ciñendo su muñeca izquierda. Engarzaba el «*Cricket*» junto a un cronógrafo «*Patek*», y al anverso, cuatro esferitas en cuadro protegido por cristal irrompible, hermético y sumergible, como los dos relojes. La brújula y los tres restantes instrumentos de precisión, los poseía también Bruce Jerrod, en una cajita que llevaba en un bolsillo de su ancho cinturón.

—Hasta el lago Caroni no son precisos los machetes y basta hallar los senderos transitables. Es preferible no distanciarse —opinó Jerrod.

—Empareje con Jacobs. Yo me adelantaré sin que me pierdan de vista. A las once en punto, media hora de pesebre. A las seis de la tarde, campamento. Es mi horario habitual para marcha.

Taconeó Montez, y mientras atravesaba el cañaveral, fue estudiando las reacciones del ruano. Un animal bien domado. Y muy hecho a «safaris». No sentía como los de su especie, afán de galopar y desprenderse de la rémora que suponía la mula en reata.

Al extremo del extenso cañaveral, empezaba la primera franja de vegetación: balata de goma cauchera, jacaranda de rosada madera, flexibles babasús aceitosos, raquílicas orquídeas, aliándose en ancha llanura desde las estribaciones primeras de Sierra Parima, espesándose en paso infranqueable hasta la ribera norte del Branco.

Al dulzón y hediondo olor de la caña, sucedió la menos fétida sombra bordeando los estrechos senderos por los que avanzaba el ruano.

Gregg Randal hacía ya tiempo que seguía a unos diez pasos, distanciado otros tantos de la pareja formada por el cartógrafo y el etnólogo. Por instantes, las ramas endoselando los senderos, fingían un serpenteo al ser apartadas por los jinetes.

Buck Montez, del estuche sujeto a la silla extrajo el «*Springfield*», encajando cañón y culata. Abrochó la correa, y, pasándola por su cuello, dejó colgar ante el pecho el rifle.

A ratos, los monos se sentían agitados por una trepidante movilidad. Era el momento en que también callaban las cacatúas de cimera emplumada en rojo y blanco.

Era también el instante en que los grises ojos del cazador escrutaban la espesura circundante, aplicada la diestra junto al portagatillos.

A las once en punto de sus dos relojes, Montez descabalgó atando el ruano al tronco de una jacaranda.

Sentándose en la hierba que afelpaba aquel trecho, empezó a cortar a ras de dientes, los pedazos de «churrasco» que iba comiendo. Aquellos filetes de buey, trufados con especia, que contenían en su amojamada sequedad un poderoso valor

alimenticio.

Bebió unos sorbos de «Agua Caxambú», colgando de nuevo el odre de las alforjas. A cinco pasos de distancia, Bruce Jerrod, encendiendo un cigarro, rompió el silencio:

—Siento verdadera ansia por saber qué nos ha deparado el honor de su compañía, joven Randal.

Darius Jacobs masticaba con suprema concentración, totalmente ajeno a lo que no fuera ingerir conservas variadas y remojarlas con la cerveza cuyo barril ocupaba la mitad de una alforja.

Gregg Randal, tirando la cáscara del sexto plátano, miró adustamente el cartógrafo, oscurecidos los claros ojos:

—Es de sabios adaptarse a las circunstancias, como el agua toma la forma del recipiente que la contiene, dice un filósofo chino.

—¿Estudió usted en los fumaderos de Shangai?

Contemplando los tres círculos de humo a través de los que pasaba la cuarta bocanada exhalada por Jerrod, dijo Montez:

—Esta madrugada, dos hombres se llevaron a la fuerza a Ruby Benton.

La brusca carcajada de Jerrod hizo aparecer en el rostro de Randal una repentina dureza. Se aproximó, mientras decía Jerrod:

—Dudo que ningún hombre tenga que emplear mucha fuerza para llevar a Ruby a dar un paseo.

—Voy a romperle los dientes, Jerrod —advirtió Randal.

Darius Jacobs apartó la vista del bote de salmón que estaba vaciando.

Giró el rostro Randal, y Jerrod permaneció expectante.

Un segundo chasquido metálico, expulsó del «Springfield» colgando del cuello de Montez, el cartucho montado ante el percutor, en su primer cerrojazo.

—Llevamos apenas cinco, horas de marcha, compañeros. Por esta vez me he contentado con frenarles el primer impulso, que suele ser siempre malo. Si vuelven a buscarse camorra, mi rifle expulsará una cápsula vacía. Dígalo, Jerrod, dígalo...

Bruce Jerrod, brillantes los verdosos ojos, tardó unos instantes en contestar:

—Se ha tomado muy en serio su jefatura provisional, Montez. Me cuesta creerle capaz de disparar contra un compañero de marcha.

—Sólo un balazo a través del grueso de la pantorrilla. Lo esencial en cualquier safari, es ir unidos, en mutua y compacta unión, para defenderse contra fieras o forajidos, no para pelear entre nosotros. Repito que Gregg Randal viene conmigo, porque hasta ahora el rastro de tres caballos es el que vamos siguiendo hacia el Caroni. Randal vio a Ruby atada de manos a una silla de su propio caballo, conducido por un nativo de bigotes caídos y azuzado por un muchachito tieso y melencólico.

Darius Jacobs, tras enjuagarse con cerveza, se puso en pie:

—Me han descrito a la cuadrilla capitaneada por Camacho. Él es alto, flaco, con las sienes blancas y muy negro el mostacho de guías bajas.

—¡Éste era el que llevaba de la brida el caballo de Ruby! El que iba atrás, llevaba colgando de una oreja un extraño, pendiente de oro y bronce.

—Ésta es la descripción de Luiz, el lugarteniente de Camacho. Los otros dos, son Néstor y Briones. Fugados como Camacho de las canteras de Kaietur. Néstor es albino y Briones tiene una quemadura en la frente.

Cabalgó Montez, mientras decía Jerrod, poniendo un pie en su estribo:

—Es muy quisquilloso su protegido, Buck.

—No le busque las cosquillas, ya que Randal sólo quiere llegar hasta el Caroni.

Por la noche, en un claro junto a un charco, acamparon los cuatro viajeros. Las tres primeras horas, desde las diez a la una, vigilaron los contornos poblados de susurros, rumores y deslizamientos, Darius Jacobs, sentado en una piedra plana cerca del sendero y Gregg Randal, que luchaba contra el sueño, remojándose de vez en cuando el rostro en el charco.

Y el cansancio empezó a imprimir sus huellas en los cuatro hombres al octavo día de avanzar hacia el nacimiento del Caroni. No había llovido y seguía viéndose el rastro de tres caballos, y restos de acampadas, por el mismo sendero, el único transitable por jinetes, hasta las aldeas de indios Parima.

CAPÍTULO V

Atardecía la octava jornada y acababan de acampar en la pequeña loma en la que los candiocalos estaban calcinados, cuando apareció el okú.

Un enorme pájaro de cuello descarnado, intermedio entre el cóndor y el cuervo gigante, que a mucha distancia despedía un fétido olor. Su graznido repetido en escala ascendente era como el chirrido de una sierra sobre un cristal.

Buck Montez acabó de tender su hamaca entre la silla del ruano y la cruz de las alforjas de la mula.

Ocho días sin afeitarse y aseándose lo elemental, habían transformado el aspecto de sus tres acompañantes. Darius Jacobs semejaba un mono barbudo.

Bruce Jerrod tenía la barba rojiza, y al hincharse sus párpados debido a no dormir, se acentuaba su parecido con un leopardo soñoliento. Gregg Randal había demostrado una resistencia increíble. Conservaba la sonrisa, y no había dado ninguna cabezada mientras corrían interminables los minutos de sus turnos de centinelas por la noche.

Darius Jacobs, extrayendo de la funda su «Winchester», tanteó el cerrojo repetidor, mientras sus acerados ojos contemplaban aviesamente el okú posado en la gruesa rama de un espino «castanheiro» a unos cien metros de distancia.

—Es un bicharraco de mal agüero si le disparan —comentó Randal.

—¿En qué Historia Natural lo leyó? —preguntó Jerrod.

—En ningún mapamundi londinense. Sepa usted que a los veintitrés años obtuve mi diploma de ingeniero fluvial y que desde entonces he recorrido bastantes comarcas a las que pocos dibujantes de mapas se han aproximado sin un safari abundante.

Darius Jacobs ajustó a su vista la mirilla telescópica.

El okú inició una de sus largas escalas chirriantes, que fue truncada por el certero disparo de Jacobs.

El pájaro, al caer, formó en el suelo un voluminoso conjunto de plumas negras, verdes y blancas. Sólo una estría rojiza era artificial creación en su pechuga.

Darius Jacobs, miró a Buck Montez con infantil orgullo.

—Ha podido apreciar que sé manejar mi «Winchester», ¿no, Buck?

—También se ha dado cuenta el okú, Darius. Y el estampido se ha oído a bastantes leguas a la redonda. Dígame, sabio Jacobs; ¿se olvidó ya de que por esta primera etapa anda Camocho y los suyos? No ha podido idear un mejor sistema para llamarles.

Contrito, replicó Jacobs:

—Debí comprender que si usted no disparaba a ninguna pieza, era por esta fundada razón. Creo que además de presentar mis excusas, he de dominar en lo

sucesivo mis nervios. Me castigo a permanecer despierto toda la noche, Buck.

—Usted es dueño de sí mismo, Darius —sonrió Montez—. Hemos de admitir que el maldito okú exasperaba. Su carroña atraerá chacales, y alejará okús. Tras la cena, yo ocuparé aquel roquizo al oeste, donde reluce aquel matorral dorado. Podemos llegar mañana al atardecer al brote del Caroni, si esta noche nos contentamos con dormir mal y poco. Usted vendrá conmigo, Randal.

Bruce Jerrod, al término de cada jornada de marcha, empleaba las primeras horas del largo crepúsculo, para, a la luz de una linterna incrustada en una concavidad que se ajustaba con una ancha goma a la frente, ir dibujando en papel azul rayado el trazo recorrido y los contornos en que hacían las dos etapas.

Era, indudablemente, un experto en cartografía.

No contestó cuando, al iniciarse la noche, Buck Montez indicó Jacobs que, en compañía de Jerrod, vigilasen la vertiente de Sierra Parima, que durante todo el recorrido les servía de punto de referencia en la orientación desde cualquier copa de árbol o emergencia de la jungla.

Cuando quedó tendido en su hamaca, Montez encendió el cigarrillo que le había ofrecido Randal: un «Player».

Numerosos otros puntos fueron encendiéndose en la noche. Algunos volaban, otros espiaban entre la espesura.

Marcaban sus dos relojes las once de la noche, cuando a su lado, en pie, dijo Randal:

—He visto brillar oro y bronce entre aquella nogalera, Buck. Diminutos eslabones como los que colgaban de la oreja de Luiz, el lugarteniente de Camacho.

—Un «amok» de Birmania llevaba un collar de piedras amarillas. Lo dejaba en cualquier ramita, mientras se aproximaba al que estaba tomando la puntería del collar. Desde donde estamos, nadie se acercará a Jacobs y Jerrod, sin que le echemos la mirada encima. Además, hay armados de conchas doradas, y pardas. Puede dormir en mi hamaca, Gregg. Necesito estirar las piernas.

Fue transcurriendo la rumorosa noche, en la que los monos, reptiles y aves, se movían incesantemente. Se aclaraban las masas de vegetación, cuando Buck Montez abandonó el roquizo, corriendo a saltos por la vaguada hasta la loma calcinada.

Llevaba en alto su «Springfield», sin tocar el gatillo. Pero el estampido de varios disparos consecutivos detuvo la carrera de Montez.

Permaneció inmóvil, terciado ante el pecho su rifle.

También estaba inmóvil el leopardo de negro pelaje moteado en amarillo, el onza brasileño. Acababa de detener su impulso de huida y girando la gruesa cabeza, asestó en el que le cortaba el paso, la mirada verde, dura, helada, de sus pupilas.

Sabía que otro tubo acerado que ya había escupido muerte, se aproximaba y por esto se distendió.

Buck Montez disparó cuando ya el arco trazado por el onza mostraba sus garras en descenso. Al apretar el gatillo por segunda vez, dio un paso al costado.

Y saltó para evitar la última acometida de los estertores, en los que a zarpazos y dentelladas, se resistía a morir el onza cuyo ojo izquierdo era una sanguinolenta cuenca vaciada por el primer disparo de Buck Montez.

Apareció Bruce Jerrod, empuñando su «Springfield», recortándose en la gris alborada.

—Iban también en pareja —comentó—. Pude atinarle a la hembra y salió huyendo éste. Pero Jacobs está herido. Le cayó sobre la espalda la hembra cuando pasaba bajo el único chaparral.

Darius Jacobs tenía los hombros, el pecho y la espalda, lacerados en surcos de garras. Sentado, se daba pinceladas en el pecho embadurnándolo de yodo.

Mordiéndose los labios, extendió los brazos y su cara tocó sus rodillas, mientras Montez y Jerrod iban restañando los surcos abiertos por las garras.

—No debió apartarse de las cabalgaduras, Darius —inclinó Montez—. Ellas le habrían indicado la proximidad del onza.

Darius Jacobs dijo que sí, en cabezada que precedió a su desmayo.

—Hay que ahondarle las heridas y cauterizar, Jerrod. Las uñas y colmillos de los leopardos están siempre infectadas por su mala costumbre de comer carroñas. Los atrajo el okú muerto.

En el cielo plomizo empezaban a trenzar sus círculos los «bem-te-vi», especie de buitres, con ganchudas uñas al extremo de sus alas.

Gregg Randal seguía montando guardia en el roquizo, sosteniendo su «Remington», último modelo.

Darius Jacobs, sentado en el balancín de cuerdas tendidas entre su mula, y la de Jerrod, estaba amodorrado por la inyección que le había administrado Jerrod, que llevaba en reata las cuatro cabalgaduras.

—Usted atrás, Gregg —indicó Montez—. Vigile las alturas tan solo. Usted, Jerrod, su flanco derecho.

Al mediodía, iba aclarándose la floresta, a medida que ascendían la vertiente de Sierra Parima, hacia las manchas oscuras en torno a un gran remanso azul.

Sentadas ante sus chozas, prosiguieron en sus tareas las mujeres caroni, masticando el maíz que escupían en tinajas. Permanecían en el interior los varones.

Se adelantó Montez, poniendo al galope su ruano, tras entregar la brida de la mula a Gregg Randal.

En la orilla occidental del lago y manantial, por la otra vertiente, al desembocar en ella atravesando a la ancho aquella estribación de Sierra Parima, se alzaba una especie de palacete lacustre.

Tres plantas en torre irguiéndose sobre la amplia tarima sostenida por pilastras de recia madera embadurnadas de viscoso, líquido y erizadas de púas.

Una rampa de tablas unidas por listones ascendía hacia la gran tarima, y a su final, una mujer envuelta en poncho multicolor, masticaba hoja rojiza, contemplando estólidamente al jinete que acababa de detener su ruano y alzándose sobre los

estribos, hacía con su rifle señales.

Gregg Randal y Bruce Jerrod pusieron en movimiento sus cabalgaduras. Darius Jacobs deliraba, debatiéndose en un acceso de fiebre. Le había atado Jerrod las manos a las mismas cuerdas que le sostenían sentado, entre las dos mulas.

La mujer del poncho exhibió los enrojecidos dientes al decir:

—*Eia; eia.*

Mostraba, a la vez, la plataforma en la que se apoyaban las tres plantas del único edificio que se divisaba en torno al lago Caroni.

La rampa tenía una solidez a prueba de cabalgaduras y su madera presentaba las mordeduras en huella de numerosos cascos. Una noria de canjilones elevaba agua hasta el largo abrevadero bajo un cobertizo.

Descabalgando a media rampa, Buck Montez avanzó hacia el cobertizo, andando a un lado, del ruano, apoyando la diestra sosteniendo el «Springfield» en la silla de montar.

Avanzaban imitando su protegida táctica, Randal y Jerrod, llevando las dobles reatas.

—Cuiden de Darius y del ganado mientras compruebo si la hospitalidad de este silencioso palacio es de buena ley —dijo Montez.

La mujer del poncho arrugaba la cara olivácea, mas, mascullando repetidamente: *Eia, eia*, manteniendo alzada la lona que servía de cortina.

Se fue aproximando Montez, llevando el «Springfield» con una mano, apuntando hacia el suelo. La india caroni se apartó al sostener Montez con la zurda la lona.

En rápida ojeada, vio el cazador una gran estancia ocupando toda la base, hamacas enrolladas al fondo, una mesa, dos bancos y en el centro, de la estancia, una escalera vertical que ascendía al primer piso.

Al pie de la escalera, se reclinaba una mujer.

Vestida de raso negro, oxigenado el cabello, muy pintado el rostro, trataba de disimular la cincuentena.

En la fofa blancura de su cuello, brillaban el oro y bronce de una gargantilla con tres hileras de pequeños eslabones.

CAPÍTULO VI

Al irse aproximando a la única persona visible en la estancia, Buck Montez percibió el sutil perfume que emanaba de aquella mujer. Los parisienses tenían un arte especial en crear extractos de inconfundible personalidad. Del mismo modo como las francesas tenían un arte especial de envejecer.

—Buenas tardes —saludó ella en inglés.

Las erres redoblaban.

Manteniendo siempre el riñe hacia el suelo, apuntó Montez hacia la circular abertura por la que desaparecía el final de la vertical escalera:

—Si hay alguien, es preferible que nos conozcamos.

Su sentido olfativo acababa de identificar aquel perfume. Era el mismo que desprendía el pelo de Ruby Benton.

La francesa habló con la misma gravedad que su rostro, evidenciaba:

—Soy Josiane Borel y mi esposo Vicente es «laceiro». Ha regresado hace cinco días con «fiebre de horizonte» y está encarnado. Por eso no ha podido salir a darles la bienvenida y asegurarles que la hospitalidad es para nosotros más que una ley, una agradable ocasión de hablar con personas de nuestra raza.

Miró Montez las cuatro hamacas enrolladas en sus garfios. Y ella aclaró:

—Están siempre a disposición de quienes llegan hasta este rincón apartado de los caminos civilizados.

La mujer caroni se había acurrucado en un rincón, masticando permanentemente con expresión embrutecida, sus hojas rojizas.

A un lado del umbral, se respaldó Gregg Raudal, comunicando:

—Según dice Jerrod, no, hace muchas horas que tres caballos estuvieron reponiéndose de pienso

—«*Madam*» Josiane Borel —presentó Montez, moviendo el rifle—. Mi compañero Gregg Randal, ingeniero fluvial, trata de alcanzar a una señorita inglesa, que iba atada en su caballo, escoltada por dos forajidos. Uno de ellos llevaba como pendiente en la oreja, una gargantilla idéntica a la que usted luce, *Madame*...

—Mi marido Vicente me enseñó a fabricar estas baratijas. Son de bronce y chapado. Le sirven a Vicente para trocarlas por pieles de iguana. Los indios oyana adoran ésta bisutería.

—Excúseme si puedo parecer grosero, pero yo adoro la claridad. Mi compañero el cartógrafo Bruce Jerrod, acaba de comprobar que tres caballos han pisado no hace mucho el cobertizo de su casa, *Madame*.

Hizo ella un gesto condensando mucha elocuencia:

—¡*Oh, m'sieú!* Por estas latitudes no somos exigentes. Nada preguntamos ni queremos ser preguntados. Hay agua y pienso para ganado, hamacas y feijoada para

los viajeros. Es cuanto tenemos y lo, ofrecemos sin entrar en indagaciones. Mi marido Vicente trafica en pieles y no desea enemistarse con nadie.

—¿Vio o no vio a la inglesa, *Madame*?

Asomaron por los primeros peldaños junto a la abertura, dos piernas. Botas amarillas, polainas y calzón brasileiro. Después, un cinto con numerosos ovillos de bramantes de diverso grosor. Una camisa color salmón, y, por fin, un rostro magro, de caídos bigotes y sienes canosas...

Al quedar en pie punto a la francesa, el recién llegado dijo ampulosamente en un inglés matizado de acento portugués:

—Considero un gran honor conocer a personajes de alcurnia cultural, ya que en mis etapas hogareñas me esfuerzo en ilustrarme con abundantes lecturas, única diversión en este lugar. Mi esposa Josiane, perfecta compañía, les ha hecho saber ya cuanto es posible saber. Yo soy Vicente Pinto de Souza Guimeraes, «laceiro».

—Buck Montez, también cazador. Mi compañero Gregg Randal, ingeniero fluvial, desea encontrar cuanto antes a la señorita Ruby Benton.

—Prepara la cena, Josiane.

Precedida por la india caroni, abandonó Josiane Borel la estancia.

—La cocina está junto al cobertizo —siguió diciendo el portugués—. Arriba está mi alcoba. Y el último «elevado» lo hemos de emplear cuando se inunda la ribera. No encontrarán los tres caballos, porque los jinetes los llevaron a la cuadra, cuya exacta situación ignoro.

Buck Montez apoyó la diestra y el «Springfield» en un peldaño de la escalera vertical:

—¿Puedo ojear arriba, «laceiro» Vicente?

—No lo dude.

Apartó Montez la mano y el pie.

—Usted primero, ya que es su casa.

Era siniestra la sonrisa del portugués, porque su magro semblante la hacía torva. Empezó a subir.

Buck Montez hizo una, mueca, que supo interpretar Randal, cuyo «Remington» enfocó la puerta.

En la escalera, Buck Montez colocó su casco al extremo del «Springfield», y siguió subiendo. Al asomar el busto, tenía de nuevo el casco en su normal sitio.

Miró en torno al pisar la madera. Dos camas enormes, armario monumental, dos mesas, dos calzadoras, una estantería repleta de libros...

El portugués dijo:

—Como puede ver, no miento nunca. Si afirmo, juro y mantengo que sólo encontrará la hospitalidad del matrimonio Borel-Pinto de Bauza Guimeraes, no lo dude, no lo dude...

Buck Montez alargó el índice junto al portagatillos.

Vicente Pinto de Souza Guimeraes elevaba las cejas, señalando el resto de la

escalera, y a la vez, se pasaba el índice por el cuello.

—¿Y arriba qué hay, Vicente?

—Nada. Tan sólo se rellena con cocina, muebles, y mi esposa y la criada, cuando la inundación se presenta. Puede mirar. Si afirmo, juro y mantengo que no hay nadie, es que no hay nadie.

Buck Montez empezó a subir la escalera, de nuevo el casco al extremo del «Springfield».

Apenas el casco, sobresalía del piso de madera, se abatió encima una cortante hoja de machete.

Buck Montez acabó de romper el casco, apretando el gatillo. A la vez, terminó su ascenso apartando con el cañón, en golpe lateral, el cuerpo del machetero baleado en pleno rostro.

Un rostro coronado por blanquísimo cabello, al igual que eran blancas sus cejas y pestañas. Néstor, el Albino, componente de la cuadrilla de Camacho.

Empleó Montez la culata para detener otro machetazo.

Empujó con la misma culata y el efebo melenudo y tieso, Luiz, retrocedió con la agilidad de un gato cerval.

Volvió a levantar el machete, arrojándolo.

Buck Montez, doblando las rodillas, elevó terciado el riñe, contra cuyo acero volteó el machete, en peligrosa hélice.

Soltó Montez su rifle para abalanzarse contra el que se abalanzaba, y cuyas muñecas asió, levantándolas.

El «Colt» 42 taladró el techo, mientras el cuchillo de corta y ancha hoja brillaba a poca distancia del rostro de Buck Montez, que siguió presionando.

Iba a propinar un rodillazo rematando, cuando asiendo las muñecas, las manos, abriéndose, soltaron las dos armas.

También en el forcejeo se abrió la camisa de Luiz... y Buck Montez rió ácidamente.

Aquel efebo se mantenía tan tieso, porque unas especie de coraza, ballenaba su torso. Empujó Montez y el ambiguo forajido, segundo de Camacho, cayó sentado chocando de espaldas contra el tabique.

Retrocedió Montez acabando de recoger el armamento. Desde abajo, la voz de Gregg Randal, indagó:

—¿Terminada la caza, Buck?

—Apártese y recoja la cosecha —anunció Montez, dejando caer el cuerpo de Néstor, en cuyo cinto, insertó el machete que había partido en dos el casco.

Después arrojó el «Colt» 42 y el cuchillo. Atravesó el machete de Luiz en su cinto y dejando colgar en banderola su «Springfield», se aproximó al que, en pie, contraía el semblante en espasmos de intenso furor.

—Hazme caso, mocososo. Si tu jefe te dejó con el albino para darnos una mala sorpresa, ya ha terminado el festejo. ¿A dónde han llevado a Ruby Benton?

Intentó Luiz escupir. Como el bufido de un gato. Buck Montez, retrocediendo, sacó un cartucho y lo mordió. Al escupir el plomo, anunció:

—Vosotros cortáis lenguas y orejas. Estáis, pues, acostumbrados a las bestialidades. ¿Conoces el puñetazo tejano? Lo inventé yo. Es una bestialidad y no pienso discutirlo. Se pega con el puño de lado, para que los gránulos de pólvora se introduzcan donde se pega. Cuero cabelludo, mejilla, pecho... No importa dónde sea el sitio. Lo que importa es que al aplicar mecha, el chisporroteo dura minutos.

Dirigió Montez la boca del cañón hacia la escalera, con un leve apoyo de su diestra en la culata.

Fue asomándose el portugués. En sus espaldas se apoyaba el «Remington» empuñado por Gregg Randal.

Y dijo precipitadamente:

—Yo no sabía nada, lo juro. No debiste esconderte aquí con Néstor, Luiz. Ahora estos cazadores pueden...

«Prudencia contra posibles represalias», pensó Montez. Y mirando al lugarteniente de Camacho, insinuó:

—¿Bajas por la escalera o sales por el techo, mocoso? Llévese al «laceiro» al cobertizo, Gregg. Vaya abriendo paso y si el mocoso este trata de escapar, estrene su «Remington» atizándole un balazo en las piernas.

Al llegar a la planta baja, Gregg Randal siguió empujando al portugués al exterior, porque ya Buck Montez estaba a un lado del lugarteniente de Camacho.

Prolongóse el silencio. Y reapareció Randal, haciendo una seña. Al quedar ante él, Montez susurró:

—Vicente dice que Camacho y Briones dejaron los tres caballos en la cueva a veinte pasos de este caserón. Se llevaron a Ruby hacia el suroeste. Asegura Vicente que los Camacho si se han atrevido a ir hacia el suroeste, es porque alguno de la Partida de los «Lobos Rojos» les ha dado un buen pago y seguridades por el rapto de Ruby. Trato de convencer a Vicente para que me sirva de guía.

—Siga convenciéndolo, Gregg.

—Jerrod dice que durante cuarenta y ocho horas por lo menos, Jacobs no estará en condiciones de valerse por sí mismo. Modifico mi primera impresión del londinense. Cuida a su compatriota y esperará a su lado hasta que se mejore.

Al quedar de nuevo a solas con Luiz, dijo Montez:

—Incrustarte la pólvora es un abuso. ¿Cómo tan jovencillo andas metido en salvajismos? A tu edad...

Josiane Borel, entrando, se aproximó al adolescente. Pasó por encima de sus hombros un brazo y dijo protectora:

—Es como un lindo animalillo domado. No tiene noción del bien ni del mal. Obedece a Camacho como me obedecería a mí, si Camacho, quiéralo el cielo, se muriese. Ha muerto Néstor y vas a quedarte aquí... No te rebeles o te daré unos azotes, Luiza.

Buck Montez parpadeó y la francesa, con triste sonrisa, añadió:

—Es casi una niña. Pero se desarrollan pronto en la jungla de Sierra Parima.

Luiza Camacho, relampagueantes los ojos, gritó:

—¡Mi tío la matará, vieja mona! ¡Yo le contaré todo, vieja bruja!

—Bueno, muy bien, Luiza. Soy una vieja mona, bruja y todo lo que quieras. Pero muchas noches te has dormido sonriendo, porque te contaba historias de París. La del ángel que protege los sueños de las niñas parisienses. ¡Y a callar, Lulú! Voy a atarte al pie de mi cama y cuando, estés arrepentida de tus insultos, te encontrarás mejor.

Rascándose la sien, Buck Montez abandonó la sala. Pocas cosas podían sorprenderle en aquel mundo pintoresco que era cualquier senda apartada de los trillados caminos de la civilización.

Encontró a Darius Jacobs agitándose en delirio, sobre un lecho de pienso. A su lado, Bruce Jerrod dictaminó:

—La infección va cediendo, pero pasarán unos días antes de que pueda caminar. No es preciso que nos espere.

—El «laceiro» Vicente puede ir dejando señales convenidas para facilitarles el acceso a las riberas del Urú —intervino, Randal, acercándose—. Ha aceptado servirme de guía, si le entrego a *Madame* quinientos B. W. I. Asegura que puede seguir fácilmente el rastro de Camacho, Briones y Ruby. ¿Puedo confiar en él?

Gregg Randal hizo su pregunta mirando alternativamente a Montez y a Jerrod. Éste dijo, inesperadamente:

—A ratos es usted de una ingenuidad asombrosa, fingida o real, Boston. Si tanto desea rescatar a Ruby, y es feliz en su papel de Lanzarote de la Tabla Selvática, sólo fíe en tres verdades: sus propias pupilas, Buck Montez y su «Remington».

Era la primera noche desde la salida de Tres Fronteras, que pudieron cenar y dormir casi como personas civilizadas.

Al amanecer abandonaban Lago Caroni, llevando el elemental equipaje para internarse hacia el suroeste, Buck Montez, Gregg Randal y el portugués Vicente.

Junto a Darius Jacobs, quedaba Bruce Jerrod, que prometió darles alcance si acampaban apenas rescatasen a Ruby Benton.

Madame Josiane Borel, al estrechar la diestra de Buck Montez, susurro:

—Por el bien de Luiza Camacho, no falle el tiro cuando aviste a esos dos malvados. Hemos perdido mucho sueño desde que fueron mutilando a pobres indígenas. Vigile a mi esposo, Buck. Es un experto «laceiro», pero le embriaga la fiebre del horizonte.

CAPÍTULO VII

Al tercer día de marcha por la espesa jungla, siempre avanzando en una simbólica diagonal suroeste, Gregg Randal estaba ya acostumbrado a la lúgubre cacofonía que poblaba las noches.

Estaba ya también avezado a la mezcla del indio sioux y animal salvajemente receloso, en que se había transformado el antes ampuloso «laceiro».

Le veía abrir paso a machetazos en lugares que parecían totalmente imposibles de franquear. Caminar a cuatro patas, olfateando como un sabueso, deslizándose como un reptil a través de matorrales, apartando lianas sin hacer el menor ruido, señalando el emplazamiento de «espinas del diávolo», una liana que cortaba como el filo de una navaja.

El sudor era un constante compañero, en el agobiante horno de la espesura. Sólo cuando Vicente arrobaba hacia lo alto alguna de sus cuerdas, y trenzaba «laceiradas», especie de puentes frágiles, yendo de copa en copa de altísimos árboles desconocidos, podían respirar algo de aire menos sofocante.

El orden de marcha era siempre el mismo. Vicente y Montez iban en cabeza, manejando machete, cuerdas y sus excepcionales instintos. Tras ellos, Randal encañonaba la eterna jungla rumorosa.

Solo, dormían cuatro horas. Y en las breves etapas comiendo, volvía Vicente a ser locuaz:

—La imaginación sin riendas es lo más inquietante para caminar por estos túneles. No hay que pensar en onzas, anacondas, iguanas, «lobos rojos», que no son más que fieras, vulnerables al plomo —iba explicando.

Y seguía dando ejemplos, mientras antes de ocupar la hamaca, los tres se embadurnaban con el «trunepin», un aceite que manaba abundoso al escindir un tronco de brillante madera blanca.

Ahuyentaba los mosquitos.

—Usted no las ve, Randal, pero Camacho y Briones van dejando sus señas. Un tronco de trunepin recién pinchado, lianas que no han terminado aún de juntar su abrazo, cortes en el «frangipan» para beber el líquido.

—¿Y cómo no trata Ruby de escaparles?

—Prescindiendo del miedo a la jungla, ella va atada de cintura por una doble lazada tensa entre Camacho y Briones. Va abriendo el paso Camacho.

—¿Cómo lo adivina?

—Tiene mi talla y pisa de tacón. En cambio, Briones es pequeño y achaparrado. Pisa de punta.

Al cuarto día, lanzó Randal un chillido, irreprimible. Era una aparición escalofriante: un reptil de unos cinco metros de largo, por uno de alto. Cuadrado el

hocico, larga la doble lengua viscosa y blanca. Sus glaucos ojos despedían fulgor. Sus escamas eran grandes placas amarillas superponiéndose a otras negras.

Vicente murmuró:

—Una iguana. No dispare, Buck. Déjela aproximarse. No más de tres «arrastres»... Se prepara a saltar cuando su compañera silba.

Gregg Randal dirigió prontamente la boca de su «Remington» hacia el sitio, que por encima de sus espaldas señalaba Vicente.

Un tenue silbido y casi al instante todo el horror de los monstruos... Zarpazos de cortas patas escamosas, coletazos, lengüetazos de fuego, un aliento insoportable de fetidez...

Gregg Randal se apoyó en un tronco, secándose el rostro con el antebrazo húmedo de frío sudor.

Buck Montez acabó de vaciar el «Springfield», mientras Vicente acababa de seccionar a machetazos la única parte vulnerable al acero: el blanco vientre.

Las dos iguanas tenían las mismas heridas mortales; un balazo en cada pupila. Plomo del «Springfield».

Las balas del «Remington» habíanse incrustado entre las placas recubriendo la plana cabeza.

Tardó Vicente poco tiempo en desollar y colgar las pieles en lo alto de un árbol. Y descendiendo, dijo:

—No vuelva a apoyarse en ningún árbol, sin antes asegurarse que es un árbol, Randal. El peor enemigo no es ninguna fiera de las que van conociendo. Pronto, llegaremos donde los Aligátor depositan sus huevas. Así como la iguana es la salamandra gigantesca, el Aligátor es el cocodrilo del Urú. Solo, ataca en el agua o en los charcos. En tierra firme es lento y torpe.

—Prefiero tigres, leones... —resopló Randal, que mirando el árbol del que se había apartado, añadió—: Es posible confundir un tronco con un aligátor.

El portugués dijo, con grave lentitud:

—La peor bestia de esta jungla es el «tamanoir». Una bestia inofensiva, que se pone en pie sobre sus patas traseras cuando oye a alguien acercarse. Y espera inmóvil, con los brazos parados. Tiene la facultad del camaleón. Su pelaje adquiere la pigmentación de lo que le rodea. Si usted pasa a unos centímetros, el «tamanoir» no se mueve ni respira. Pero si, desgraciadamente, en el espesor de la vegetación se tropieza con él, automáticamente cierra los brazos, clavando su largo hocico en el cuello, mientras sus uñas van penetrando en los costados. Su abrazo es mortal. No hay tiempo de dispararle... Si alguna vez se encuentra frente a un «tamanoir», plántele el cuchillo en el corazón, si puede...

Por la noche, Gregg Randal no se dio cuenta que iba repitiendo:

—Hemos de encontrar pronto un horizonte raso, limpio, en el que pueda verse tierra llana a sólo cinco pasos de distancia. Sólo jungla, jungla, olor a corrompido, graznidos lúgubres... Y estos malditos lobos... caminando como hombres... con su

pelaje rojo.

—Pronto aclarará el horizonte, Randal —afirmó Montez—. Ya hemos encontrado nidos de huevas de aligátor. No está lejos el Urú.

A media mañana siguiente, se detuvo Vicente oscilando entre dos cordajes tendidas de rama a rama. Señalaba con el machete hacia un punto.

Creyó Randal que era un «tamanoir».

Después identificó al forajido Briones, por la quemadura en la frente. Estaba clavado en aspa con estacas atravesando sus muñecas, pecho, muslo y tobillos...

—Sólo hay hormigas blancas y no aúlla aún el lobo rojo. Hace apenas dos horas que este desgraciado estaba con vida —decretó Vicente—. Yo de usted, Randal, desistiría ya de encontrar a la señorita inglesa.

Gregg Randal miró a Buck Montez, que tenía también un aspecto febril, hirsuto el rostro, estriados los grises ojos.

—Usted ya cumplió, Vicente. Seguiremos mi compañero y yo. Queremos llegar al Urú. Aquella montaña me atrae.

A lo lejos, se divisaba como una meseta, emergiendo de la jungla.

—La «Montaña Hundida» —dijo Vicente—. Una antigua ciudad maya hundida por un terremoto. Ningún oyana se atreve a escalarla. Está en la ribera occidental del Urú. Parece cerca, pero es un espejismo. Sigamos, ya que son como yo... Lanzados sobre una pista, nada les puede detener.

Al ir bajando del grueso tronco, advirtió Montez...

—No ha de estar lejos Camacho. Les ofrecieron bastante recompensa para raptar a Ruby Benton. Ya les han pagado. ¿Era este Camacho?

«Aquello» colgaba boca abajo al pie del tronco. Clavados los pies en la madera. Reventada la pupila izquierda, y con dos parduzcas manchas a cada lado del cuello, huellas de pulgares...

—Los «Lobos Rojos» —murmuró Vicente—. Son ellos los que se han llevado a la inglesa. Volvamos, Montez, volvamos.

—Usted ya cumplió y nada le retiene. Yo he venido a cazar y nunca le he tirado a un aligátor. Y menos a un «lobo rojo», que estrangula y a otro «lobo rojo» que emplea plomo de revólver. Puede regresar con Vicente, Gregg. Y así les servirá de guía a Jerrod y Jacobs.

—Apartémonos de aquí. Pronto al olor irán acudiendo los «jackales». Yo voy a regresar. Compartiré con usted el último bocado, y espero que tenga mucho apetito cuando vuelva a lago Caroni, señor Montez. Pero ha de saber que a solas ningún hombre ha regresado a partir del momento en que avista la «Montaña Hundida»... si sigue hacia ella.

—La excepción confirma la regla —aseguró Montez.

Comió Vicente con rapidez y tendiendo la diestra, dijo:

—Admiro su tranquila decisión, señor Montez. ¿Vamos, Randal?

—Me quedo. Yo fui el que quiso seguir el rastro de Camacho. Ya no descansaré

hasta llegar al Urú... y poderle disparar a un «lobo rojo».

El portugués alzó los hombros, replicando:

—Hasta aquí volveré conduciendo a sus dos compañeros. Más lejos de aquí, nunca he ido ni iré. Pronto oirán el cascabeleo de los «guaribas». Dos palos con cascabeles. Los oyana guerreros los chocan entre sí, para irse comunicando... No matan, sino que van empujando a los extraviados de cualquier safari hacia el Urú, y sólo entonces callan los «guaribas». Capturan vivos para reducirlos a infernales cabecitas como los jíbaros... Cabecitas que expresan un sufrimiento indescriptible... ¿Vamos, Randal?

Por unos instantes, en su titubeo, Gregg Randal, semejando a un gran mono barbudo, permaneció con los ojos cerrados. Dijo, por fin:

—Existe por aquí como un espíritu suspendido que le induce a uno a seguir siempre adelante en pos de una atracción magnética de tal poder que es imposible resistir.

Abriendo repentinamente los párpados, clavó en el portugués su impresionante mirada clarísima, y añadió:

—Le oí decir esta parrafada a un explorador. Por entonces, le supuse desquiciado. Ahora sé a lo que hacía referencia. Buen viaje de retorno, Vicente Pinto Guimeraes da Sousa.

—Souza da Guimeraes —corrigió Montez—. Hasta pronto, «laceiro».

Hacía ya unos minutos que el portugués se había ido, cuando resonó un humano alarido, horripilante en su estremecedora intensidad.

Corrieron Montez y Randal.

Vicente Pinto Souza da Guimeraes no había podido clavar su cuchillo en el corazón del «tamanoir» que le mantenía en apretado abrazo, arañando y succionando.

Fue acercándose Montez, mientras Randal gritaba:

—¡Mata a ese asqueroso monstruo, Buck!

Los dos cortos brazos del «tamanoir» estaban apretadamente hincados, mientras su largo hocico puntiagudo desaparecía por su extremidad a un lado del cuello del inmóvil portugués.

Disparó Montez. Y la bestia mitad oso, mitad tapir, apartó el hocico, pero siguió estrujando al muerto «laceiro». Volvió a disparar Montez y retrocedió.

Dos iguanas, avanzando a salto, cubrían, peleándose entre sí, los restos del «tamanoir» y su humana y muerta presa.

Con la culata empujó duramente Montez. Gregg Randal hizo resistencia.

Repitió Montez el empujón, diciendo:

—Es deplorable, pero ya no tiene remedio. Acelera.

Horas después, exhausto, Gregg Randal se dejó resbalar lentamente contra la lisa piedra. Un paraje casi idílico. Un claro círculo tapizado de fina hierba plateada, moteada de flores parecidas a amapolas.

Varias piedras hincadas en el suelo, ofrecían respaldo. Buck Montez acabó de

recubrir con tierra la recién encendida fogata.

Gregg Randal, viéndole portar churrasco a ras de dientes, comentó:

—Te envidio, Texas. Serán resabios de mi estómago bostoniano, pero soy incapaz de tragar...

—Come y calla.

La sonrisa de Buck Montez por lo raramente que la prodigaba, era contagiosa. Poco después, decía Randal:

—¿Por qué se internaron Camacho y Briones?

—Les prometerían que podían ingresar en la partida de «Lobos Rojos». Además de ofrecerles dinero, les dirían que con el rapto de Ruby, darían prueba de inteligencia. Ya lo has visto.

Y tras una pausa, especificó Montez:

—No eran inteligentes.

—Pero tú lo eres. Y no te importa encontrar o no a Ruby.

Rió Montez mientras tendía entre dos piedras varios cordajes entrelazándolas en base para su hamaca.

—Algún día puedo tener nietos. Les contaré cómo maté iguanas, lobos rojos, y aligátos. Les añadiré un par de metros. Vamos, ingeniero, a dormir. Cuenta corderitos paseando por una avenida asfaltada. Te despertaré dentro de cuatro horas. Aprovéchalas.

Viendo a Montez sentado en lo alto de una de las piedras, Gregg Randal decidió empezar a contar blancos corderitos sumergiéndose en una piscina desbordante de jugo de naranja, crema helada y fresones.

Y la noche de la jungla se convirtió en la opaca luz gris que era el día en la jungla. Gregg Randal protestó porque no le había despertado el cazador. Éste dijo que sabía dormir con un solo párpado.

Con la orientación de «Montaña Hundida», siguieron avanzando. Y apareció muy visible el primer lobo rojo. En pie, atrapando con sus patas delanteras un panal del que huían las abejas. Lo pudo ver Randal a menos de diez pasos.

El erizado pelaje teñido en grana encendida, el vientre negro, la corta cola aplastada, como la de un castor, las mandíbulas voraces de agudos colmillos...

Aulló, desapareciendo, por la espesura, perseguido por un enjambre de doradas abejas furiosas.

Y aquel zumbido fue el último ruido que se oyó. Tardó Randal en darse cuenta de lo que causaba aquel cambio. Al igual que la espesura ya era menos compacta, el suelo se iba haciendo más liso y resbaladizo.

Pero de pronto había cesado todo rumor. Ya no castañeteaban los dientes los barbudos monos, ni chillaban las cacatúas, ni gruñían extraños felinos agazapados...

Sólo un vasto silencio, opresivo, en el que las respiraciones de los dos hombres tenían aliento de fragua.

Gregg Randal murmuró:

—La anaconda... La boa de cien metros, dueña del Amazonas alto.

—O la serpiente de mar, que todos temen y nadie vio. Aprieta el paso.

Horas después, decía Montez:

—Callan los animales en la jungla cuando aparecen muchos cazadores, Gregg. Respingó Randal.

Se oía netamente aquel repicar de dos palos, a intervalos, entre un cascabeleo: la «guariba» de los guerreros oyana.

Atardeciendo, Gregg Randal trazó un semicírculo de fogonazos, disparando su «Remington» contra arbustos y lianas.

Los «guaribas» siguieron su repiqueteo enloquecedor, entrechocados por los numerosos e invisibles oyana.

Recargando su rifle, gritó Randal:

—¡Voy a volverme loco!

—Imposible, Boston. Ya estabas loco sin saberlo cuando decidiste llegar a la «Montaña Hundida». No malgastes plomo. Nos hará falta al aproximamos a los charcos. Si vuelves a disparar, te llevaré a rastras.

Tambaleándose, Gregg Randal empezó a acostumbrarse a los «guaribas» en cerco acompañante, ya avanzada la noche. Y se sintió extrañamente reconfortado, cuando vio a Buck Montez detenerse, y pasarse en estrujada masa el sombrero pajizo por el rostro, rascando el sudor.

Porque el cazador, el hombre avezado a junglas, mordía entre dientes las palabras, diciendo:

—Estoy reventado de fatiga, de sueño, de hastío... y de miedo, Boston. Sólo a dos locos pudo ocurrírseles adentrarse más allá de donde murieron Camacho, Briones, Vicente y el «tamanoir». Huele a muerte esta humedad y estos salvajes no asomarán hasta que no lleguemos a donde nos empujan, o si nos dormimos. Pínchame con tu machete si me siento.

Y ya lo que siguió era una pesadilla, despiertos. Caminaban como si el rifle les sostuviera en pie. Dilatados los ojos, doloridas las sienas por el eco, de los repiqueteos.

Y llegó la primera bocanada fresca. Como de agua de lluvia. Tropezó Montez en un charco. Le sostuvo en pie Randal.

Más allá, ¿horas o minutos después? Gregg Randal enlazó por el cuello a su compañero, al resbalar en piedras que descendían hacia un espacio rumoroso, en que el agua invisible gorgoteaba.

Buck Montez hizo jugar el cerrojo, del «Winchester», colgado ante el pecho su «Springfield».

—Codo a codo ahora. Hay sitio para caminar codo a codo, —silabeó tartajosamente—. ¿Oyes los chapuzones? Aligátorez huyendo de los «guaribas». Pronto matarás a estos músicos, Boston. Codo a codo.

Y codo, a codo, vieron aparecer los primeros oyanas. Rostros aceitunados,

flequillo de negro cabello rozando las cejas, cuerpos endeble, con el taparrabo de dibujos bordados, esgrimiendo con lentitud la larga lanza, en invitaciones macabras.

Y codo a codo, empezaron a disparar Montez y Randal. Tocándose de codos y de espaldas. Veían por fin un poco de horizonte llano. El Urú, de turbias aguas fangosas, deslizándose entre troncos derribados... No eran troncos, sino aligátores, negros cocodrilos de larguísimas mandíbulas y cola en hoz.

Y, tirando al suelo su «Remington», empezó a reír Randal desaforadamente, apretando el gatillo de su «Webley», contra aquellos homúnculos testarudos, que morían como chinches.

Pero no se reía de ellos. Se reía de sí mismo, porque ya se había vuelto loco por completo.

Veía caballos montados por lobos rojos.

Lobos rojos, jinetes diestros, que disparaban rifles modernos... Y varios de ellos se iluminaban con el reiterado fogonazo de la metralleta apoyada en su hombro. Un hombro de pelaje rojo, erizado.

Otros de aquellos seres de loca pesadilla, no mataban oyanas. Lanzaban larga red tupida hacia Buck Montez.

Gregg Randal siguió riendo, soltando su vacía «Webley». Algo golpeó blandamente contra su rostro. Y quedó inmovilizado, sumido en repentino sueño total, en que ni siquiera el subconsciente actuaba.

Aquella absoluta inmovilidad, aquel sueño completo, debía ser la muerte oyana.

CAPÍTULO VIII

Bruce Jerrod apuntó hacia las dos pieles de iguana, resecas.

—Para esta señal, tuvieron que perder algún tiempo —pensó en voz alta.

Rezagado, Darius Jacobs iba extasiándose a cada nuevo descubrimiento. La flora y fauna de aquella zona eran pródigas en bellezas indescriptibles por su misma calidad de monstruosas.

Vendado estrechamente, no sentía el sordo dolor de sus heridas, porque estaba en su séptimo cielo. Y el infantilismo de su carácter, salía a la superficie, cuando en los momentos de descanso, se extendía en conferencias sobre Botánica y Zoología.

Bruce Jerrod fingía una gran atención, aunque pensaba en cosas muy distintas a las que oía. El cansancio empezaba a hacer mella en su fornida anatomía, pero seguía el rastro dejado por los tres que les precedieron, con incansable energía.

Pestañeó cuando Darius Jacobs, en un alto de la marcha, dijo:

—La cartografía fue uno de mis pequeños «*hobbys*», Bruce. El mapa que vas elaborando no está destinado a ilustrar ninguna geografía. Tus notas son exclusivamente geológicas. Naturaleza de las piedras, contorno de las capas de humus...

Bruce Jerrod estalló en su peculiar risotada, pero en sus verdosas pupilas alentó una expresión codiciosa mientras decía en tono burlón:

—Estoy tratando de localizar el tesoro de los incas, profesor.

—Tu erudición no es vasta, pero sí lo suficiente para no ignorar que en el alto Amazonas no perduraron los incas, siendo los oyana, según discutibles opiniones, los degenerados restos de la emigrada raza maya, una de las tribus, la de Lacandonc, fue dejando huellas de su emigración hacia el Sur. Los oyana no han conservado nada de la antigua civilización maya, pero sus mujeres siguen tatuándose águilas, tortugas y reptiles de plumas, demostrando con ello la teoría de que son la degenerescencia maya.

—Hablabas de mis mapas, profesor.

—Por lo que he podido, deducir, sólo te interesa establecer un itinerario para uso de aficionados a la mineralogía.

—Berylos, esmeraldas, zafiros, diamantes, perlas —fue recitando Jerrod—. Leí las obras de Humboldt, y en mi recuerdo quedó grabado, cierto párrafo, nebuloso en la forma, pero atractivo en el fondo. Afirmaba que al sur de Sierra Parima había indígenas que transportaban sus fetiches en troncos portables de jaspe y ónix, incrustados en toda clase de gemas preciosas. ¿Te asquea tener por compañero, no a un sabio lunar como tú, sino a un vulgar hombre codiciando fortuna?

—Cada hombre se forja su destino, Bruce. Yo no ambiciono fortuna.

—¿Si halláramos una riqueza en gemas, la desdeñarías?

—Si un árbol me ofrece fruta, la cojo, pero no me deslumbra. Yo condenso la humana sabiduría en saber desear aquello que ya tenemos. Para mí es más interesante poder escribir un documentado estudio sobre las costumbres oyanas, que buscar un filón o vetas de un mineral... Presumimos de civilización, y la gente se mata por lucir guijarros con brillo.

Cortó Jerrod las divagaciones de su compañero, disparando una tras otra, las cinco balas de su «Springfield».

Las convulsiones de los dos «jackales» cesaron cuando sobre ellos se inclinaba en ojeada estudiosa Darius Jacobs.

—Sigamos, profesor. Estos repulsivos bichos rondan por donde hay carroña. La sangre les enloquece y buscan presa viva. Afortunadamente, no les hemos dado gusto.

Llegando ante unos restos humanos cubiertos de rojas hormigas, permaneció pensativo Jerrod. A su lado, dijo Jacobs:

—Unas correas cortadas. Así nos explicó la francesa que se llevaron los dos bandidos a Ruby Benton.

El propio Jerrod hizo el mismo comentario al pie del enorme árbol. Y poco después, examinaban el trecho de sendero, en que se notaban las huellas de una larga lucha o de movimientos violentos.

Era donde el «tamanoir» detuvo el regreso del «laceiro» portugués.

Y horas después, la jungla, aclarándose, se espesaba en opresivo silencio. Pero no repicaron los «guaribas». Por entre las lianas, avanzaban al encuentro de los dos exploradores, varios «Lobos Rojos».

Al extremo de una larga pértiga, una cuerda de doble lazada, sostenía una red, cuyas mallas tejidas en urdimbre compacta, contenían saquitos que además de servir de contrapeso, encerraban la hierba que producía el súbito adormilamiento que los oyanas llamaban «no estar, no pensar, no sufrir».

Antes de que las dos redes cayeron sobre Jerrod y Jacobs, los dos «Lobos Rojos» lanzaron con diestra precisión una larga liana, cuyo nudo corredizo inmovilizó contra el torso, los brazos armados de Darius Jacobs y Bruce Jerrod.

* * *

El espíritu analizador de Darius Jacobs fue el primero que reaccionó. Notaba la ingravidez de su cuerpo, y la sensación de bienestar físico tanto más agradable cuanto que seguía a días y noches de avanzar por una jungla corrompida de descomposiciones abrasadas por el sol.

En cierta ocasión que al recordarla aún le avergonzaba, Darius Jacobs había celebrado con exceso el triunfo de una tesis doctoral, que aplastó las anteriores tesis sobre el mismo tema del posible origen sefardita de la tribu tuareg.

Al no asimilar la acumulación de brindis sucesivos, el vermut, el vino de

Burdeos, el vino Borgoña, el champaña Heydesck, y el coñac Henessy, hirvieron en zarabanda loca dentro del seso del sabio etnólogo.

Y sentado en el borde de su cama, hasta donde le llevó la amabilidad de unos colegas, Darius Jacobs vio con los ojos muy abiertos, un enorme palacio, en cuya no menos enorme sala de orgías, bailaban en su honor núbiles criaturas de todas las razas humanas.

Fue una visión agradable.

Lo era también el estar contemplando una espaciosa sala, en la que el aire estaba impregnado de fresco aroma, que daba en el rostro la misma impresión que un masaje mentolado, aventando el ardor de la navaja.

Darius Jacobs se pasó la mano por el rostro. En vez de hirsuta barba, palpaba un cutis recién afeitado. Su ropa había sido, lavada y aún tenía el crujiente rumor del tejido recién planchado.

Darius Jacobs hizo actuar su disciplina mental, ordenándose:

—Nunca tendrás el entendimiento adecuado, si no procedes con rigurosa lógica. Estudiemos con racional lógica los avatares. Ignoras el momento exacto, pero tu corpórea evocación recuerda el momento en que objetos blandos y prensiles enlazaron tu persona, al mismo tiempo que un olor punzante invadía tus sentidos olfativos, obnubilando la percepción de los demás sentidos. Y ahora ignoras el tiempo transcurrido, pero recuperada la facultad de razonar, te hayas en una sala de puro estilo maya, con artesonados de emblemas esotéricos, predominando el águila maya. El ónix enjoya las puertas cerradas, de ojiva en calado abierto en jaspe.

Volvió Jacobs a abrir los ojos, para contemplar el sillón en que se hallaba. Pesada pieza tallada en madera de nogal, incrustada con berilos, ónix y plata.

Ante él, una larga mesa de liso y pulido mármol blanco, vetado en jaspe.

Y tardó en reconocer a los dos que se hallaban sentados al otro lado de la mesa frente a él, porque también, estaban aseados y desprovistos del arsenal de armas y municiones.

Gregg Randal y Buck Montez, sentados en idénticos sillones como el que ocupaba Jacobs, estaban sumidos en profundo sueño. Respiraban calmamente, como quien duerme agradablemente desprovisto de toda inquietud.

A unos tres metros a su lado, dormía con igual placidez Bruce Jerrod...

Y fue entonces cuando vio Jacobs al desconocido sentado a la cabecera derecha de la larga mesa lisa.

Un hombre de rasgos faciales hermosos. Helénicos en su estatuaria perfección. Los grandes ojos de parda luminosidad contemplaban con expresión amable al sabio etnólogo.

Los anchos hombros estaban cubiertos por la seda azul de un kimono y el escote evidenciaba que no llevaba otra prenda, cubriéndole los musculosos pectorales.

Aplicaba las dos manos nervudas sobre una caja plana.

Miró Jacobs a la otra cabecera. Había otro sillón idéntico al ocupado por el

extraño personaje. Igual como los usufructuados por sus otros tres compañeros, identificó Jacobs, pero con el mismo emblema en el alto respaldo que diferenciaba los dos sillones de cabecera de los otros cuatro.

Un águila de oro cerniéndose.

No estaba ocupado, pero, tenía también delante, encima de la mesa, una caja plana. Madera de sándalo, con incrustaciones de gemas.

Darius Jacobs miró las seis puertas cerradas, las lisas paredes y el techo artesonado, del que colgaban varias arañas de cristal de roca, despidiendo una luz blanquísima, cuya leve oscilación denotaba la existencia de un generador propio.

Entonces volvió a examinar al hombre de facciones helénicas y rizado cabello bronceo.

La voz del extraño desconocido tenía resonancias metálicas, ampliada por la acústica de la espaciosa sala. Se expresaba en inglés gramatical:

—Acaricio la esperanza, profesor Jacobs, de que su inteligencia superior sabrá excusar los procedimientos empleados para obtener el honor de conocerle.

Darius Jacobs, fruncido, el ceño, trataba de hacer memoria. ¿Dónde había visto aquel rostro? No hojeara revistas cinematográficas y odiaba la política. Sólo leía tratados, libretos y cualquier escrito que tuviera referencias a su pasión: la Etnología.

—Hace unos años tuve el honor de asistir a una de las conferencias que dio en el Museo Colonial de Bruselas, profesor. Me doctoré en Viena en Arqueología. Me llamo Frank Wolburn.

—¡Wolburn! —exclamó Jacobs, intentando levantarse.

Pero un suave sopor seguía manteniendo laxos sus miembros. Era como si todo su cuerpo estuviera desmadejado y sólo su cuello y rostro poseyera movilidad.

Frank Wolburn prosiguió:

—Aprecio con íntima satisfacción que mi apellido le recuerde algo.

—Leí y recuerdo perfectamente sus teorías sobre la posible situación de la incaica fortaleza de Haynu-Huasi, la supuesta necrópolis de las Vírgenes del Sol. Precisamente yo...

Interrumpiéndose, Darius Jacobs clavó en Frank Wolburn una mirada súbitamente colérica.

—¡Doctor Wolburn! Exijo inmediatamente una explicación. No, puedo extraviarme en la menor discusión científica, sin antes saber a qué atenerme. Estos tres... durmientes han sido y son mis compañeros. Con ellos he corrido los primeros riesgos de mi incursión por la región Oyana. Deseo que me explique por qué estamos aquí.

Frank Wolburn tuvo una sonrisa ambigua, pero seguía produciendo la impresión de un ser animado de una poderosa voluntad inhumana...

—Mi querido profesor. Usted es un ave de raro plumaje, que se mancilla en la compañía de tigres. No obstante, si ha de tranquilizarle, le doy mi palabra de que ningún mal les ha de suceder a dos de estos hombres.

—Son tres.

—Uno de ellos es un rastrero sabueso, que se puso en camino por la región Oyana, con la mezquina intención de aniquilar los resultados de un largo esfuerzo. Si puedo vanagloriarme de haber organizado una especie de falansterio, de comunidad autónoma, en el centro de la región Oyana, no puedo consentir que miserables leyes humanas intenten destruir la magnitud de mi esfuerzo. Uno de estos tres hombres es la presuntuosa y vulgar encarnación de la humana ley. Es decir, un policía.

Darius Jacobs miró primero a Bruce Jerrod. Después a Buck Montez y por último, a Gregg Randal.

Frank Wolburn acotó:

—Una de mis auxiliares averiguará prontamente cuál de estos tres que le acompañaban fingió ser lo que no es, o en honor a la estricta verdad, poseyendo una calidad aprendida, encubría con ella su condición de elemento policial. Usted ha despertado el primero, porque para mí, su compañía es grata y puedo serle muy útil, ya que poseo abundantes fuentes de información sobre los Oyana.

—Repito, repito... —atajó precipitadamente Jacobs, para acallar la tentación contenida en la última frase de Wolburn—. ¿Puedo tener su palabra de honor de que no les sucederá nada perjudicial a mis tres compañeros?

—Cuenta con ello, profesor.

—¿Dónde estamos?

Frank Wolburn se levantó. Su alta figura quedaba mayormente realzada por el largo kimono cuyo vuelo inferior rozaba el cuero rojo de sus sandalias. También era del mismo color el cinto que apretaba su estrecha cintura, haciendo resaltar la triangular fortaleza de su tórax.

Se aproximó al sillón ocupado por Jacobs y a un lado del brazal, abrió una caja. Tendió un diminuto frasquito transparentando ambarino líquido, que aproximó a los labios del etnólogo:

—Beba sin temor. Es jugo de macerada isinglass, que devuelve la total recuperación a los efectos del largo sueño que los Oyana llaman poéticamente: «No pensar, no sufrir, no estar».

El líquido tenía sabor de amarga corteza bañada en licor de grosella.

Un calor eufórico invadió las venas de Darius Jacobs.

A su lado, dijo Frank Wolburn:

—Voy a tener el honor de mostrarle los restos de la ciudad sagrada maya, que esconde Montaña Hundida. Podrá leer jeroglíficos superpuestos por los primeros Oyana.

Darius Jacobs, poniéndose en pie, siguió como fascinado al que abrió una de las seis puertas.

Se olvidó por completo de los tres hombres sometidos al largo sueño Oyana.

CAPÍTULO IX

Lo primero que percibió Gregg Randal fue un agradable aroma. El sutil perfume del extracto que impregnaba el pañuelo, el escote y el lóbulo de las orejas de una hermosísima inglesa misteriosa.

¿Cómo le había dicho Ruby que se llamaba aquella fragancia? ¡Ah, sí! «Corday». Bien, «Corday» era el nombre del perfumista. Pero el extracto era «Toujours Moi».

Después tuvo la certeza de que estaba sentado, pero que era incapaz de mover un solo músculo. Despierto, pero incapaz de abrir los ojos. No era modorra ni desmayo, sino una agradable sensación de carecer de voluntad y de pensamiento. Sin embargo, olía y tenía tacto.

Porque en su diestra había una mano aprisionada. Una mano pequeña, suave, fresca, satinada...

Y contra su codo sentía el roce de una curva elástica. Y en su oído la melodía de una voz persuasiva, acariciante.

—Es delicioso después de un largo sueño, hallamos juntos, Gregg. Juntos y solos, oyéndote corresponder a mis confidencias. Ya sabes quién soy. Para ti ya no tiene secretos Ruby Benton. Y puesto que nos queremos, es natural que me interese tanto saber a cuántas mujeres amaste antes de mentirme amor.

Gregg Randal sonrió beatíficamente, rozados sus labios por los de Ruby Benton, habló sin que su voluntad rigiera en su pensamiento:

—Las pocas o muchas mujeres que traté, ni las recuerdo, Ruby.

—Tu familia debe ser tan simpática como tú, Gregg.

—Mucho más. Pero les pareció mal que no me casase con la damita sabihonda que me habían elegido.

—Es interesante tu carrera, Gregg.

—Depende y según se mire. La ingeniería fluvial es monótona en los textos y fatigosa en la práctica.

—Por eso no la practicaste. Desde que te conocí, enseguida adiviné que eras policía.

—¿En qué se me nota? Precisamente creí que representaba excelentemente el papel de aventurero novato:

—La misión que llevas ahora debe ser emocionante. Quiero compartir tus riesgos y a lo mejor puedo ayudarte.

—Puede que sí. Ya que una mujer de tu calidad es a veces una auxiliar eficacísima. Cuando me sacuda esta somnolencia...

—Cuéntame tu misión, Gregg.

—Averiguar dónde tienen sus guaridas los Lobos Rojos, entre los que hay dos gángsters de la peor especie.

—¿Sí? ¿Quiénes son?

—Niko Paluka, un exluchador armenio, evadido de Surinan, y Tom Barletti, un italiano asesino, que remata pegando un tiro en la pupila izquierda de sus víctimas. El otro, Paluka, estrangula. Pero éstos son pececillos. Tengo que encontrar quién es el que los dirige y cuál es su finalidad al dominar por el terror desde el Casiquiare a Manaos. Debe ser alguien superdotado, para poder mandar en una cuadrilla de gánsters, de evadidos y de infrahombres.

Ruby Benton, abandonando el brazal del sillón, se dirigió hacia la puerta que acababa de abrirse.

Entraron dos individuos. Vestían de dril blanco, como cualquier «matteiro» de fazenda. Llevaban en aspa ante el pecho las cintas cartucheras.

El más bajo de estatura, de cabello y ojos negros, fue aplicando entre los dientes de cada uno de los tres adormilados el gollete de un frasco conteniendo el revulsivo isinglass.

El otro, de voluminosa corpulencia y anchos pulgares y cráneo rapado, ciñó el talle, piernas y codos de Gregg Randal con las correas sujetas al sillón.

Volvieron a salir y, poco después, Frank Wolburn ocupaba el sillón de cabecera, sobre cuyo respaldo el águila de oro parecía ahincar sus garras en alguna presa.

A medida que los tres aventureros salían de su somnolencia, iban reaccionando parecidamente. Intercambiaron por fin, sorprendidas miradas, y restalló la brusca risotada de Bruce Jerrod antes de decir:

—Es bueno volver a la vida en un local lujoso, aireado y en compañía de tipos inteligentes que no preguntan: «¿Dónde estoy? ¿Qué demonios pasa aquí? ¿Quién es este atleta del kimono azul?».

Frank Wolburn habló con pronunciada sequedad:

—Los tres estáis con vida a causa de una ecuación que debía resolverse. Ya está resuelta. Puedo dar todas las explicaciones convenientes, ya que dos de vosotros podréis elegir entre obedecer a uno de mis tres capataces o seguir la suerte del tercero de vosotros.

Buck Montez miraba la metralleta tendida sobre la mesa, a un lado de la caja plana sobre la que apoyaba las nervudas manos Frank Wolburn. Inquirió:

—Éramos cuatro al empezar la cacería.

—El profesor Jacobs prosigue libremente su contemplación de los tesoros arqueológicos contenidos en este lugar, del que es una dependencia reformada esta sala. Usted es un cazador afamado, Montez. Tiene en la región Oyana ancho campo para su pasión favorita. Un hombre con su buen pulso, es bien acogido en Montaña Hundida. Pero es necesario que vaya acostumbrándose a una rotunda realidad: no irá usted a donde quiera, sino a donde le ordenen. Avanzaron demasiado en la región Oyana. Hubo quien, en las mismas circunstancias, optó por fingir sumisión. Murió al pretender lo imposible: huir.

Buck Montez, rascándose la sien, silabeó su réplica:

—Deduzco que quien no fingió sumisión, fue prontamente liquidado.

Hizo una pausa y añadió:

—Si se ofende, no podré lamentarlo, pero tengo que manifestarle que si está usted loco, al menos, verbalmente es aceptable.

Frank Wolburn sonrió ambiguamente.

—Todo lo que escapa a la vulgar comprensión es tildado de locura. El epíteto equivale a la risa bobalicona del campesino que, empujando la yunta, babea con cerril sarcasmo al ver pasar un avión. El propio profesor Jacobs les explicará la magnitud de mi proyecto. ¿Alguna objeción, Montez?

—Por ahora, mientras no asimile del todo lo que me sucede, sólo puedo contestarle que usted parece mandar.

—Comprobaré que mi mando es absoluto y efectivo. No tiránico, puesto que ofrezco las dos cosas que más aprecian los hombres: vida y riqueza. La vida de ustedes pendió de frágil hilo desde que abandonaron Tres Fronteras. Un hilo cuyo otro extremo yo sostuve. ¿Alguna pregunta, Bruce Jerrod?

El cartógrafo inglés, repiqueteando sobre la mesa, concretó:

—Riqueza sin vida, no me apetece. Tampoco me apetecía demasiado vivir pobremente. Vine a trazar un mapa de la región Oyana, con la convicción de que si lo lograba, conseguiría millones vendiéndolo a un trust minero.

Frank Wolburn, asintiendo, declaró:

—A veces las aparentes franquezas encubren mucho peligro, Jerrod, ya que la palabra nos fue dada para disimular nuestro pensamiento. De todos modos, usted comprendió que le fue hallada su cartera conteniendo los mapas geológicos del camino recorrido, hasta que envié a mis subordinados a recogerles, usted es fuerte, ambicioso y valiente, Jerrod. También hay sitio para usted en mi comunidad.

Los pardos ojos brillantes del vienés se fijaron en Gregg Randal. Con desprecio infinito...

—¿Alguna pregunta, Gregg Randal?

Riente hasta entonces, se enserió el bostoniano al replicar:

—Una, muy escueta. ¿Por qué estoy atado al sillón? ¿Por qué este trato de privilegio especial?

Frank Wolburn habló en tono banal:

—Su profesión o, mejor dicho, sus estudios de ingeniero fluvial, podían haberme interesado, Randal. Desgraciadamente, usted tuvo la soberbia de creerse capaz de triunfar donde fracasaron veteranos inspectores de la policía colonial, ases del servicio secreto y agentes especiales de la policía internacional. He opuesto entre la ley humana y mi ley particular por la que se rige esta comunidad, la infranqueable barrera de la jungla. Ni siquiera el más moderno de los helicópteros hallaría base en que posarse, sin ser inmediatamente destrozado por los elementos naturales o los que yo gobierno. Pese a su fracaso, le considero medianamente inteligente. ¿Piensa negar que es policía, Randal?

—¿Si lo niego, me va a creer, Águila Imperial?

—Aprecio su ironía. Morir rechinando los dientes es patrimonio de cobardes, o de valientes sometidos a largas torturas. Usted quería averiguar quién mandaba en la llamada Secta de los Lobos Rojos. Me llamo Frank Wolburn, doctor en Ciencias Naturales y adepto a los estudios de Ciencias Ocultas. No me ofende la bobalicona risa de los seres inferiores. No soy un megalómano, soñador de grandezas y ansiando dominio. He asentado las bases de un dominio independiente y aceptado sus consecuencias. Para la estrecha mentalidad humana, puedo ser un jefe de forajidos. No me importa el juicio ajeno. El profesor Jacobs les explicará lo que he conseguido y lo que me propongo. Todo aquello que ahora puede parecerles irrealidad o locura, pronto comprobarán que es un magno proyecto de envergadura superior a la normal, pero de ningún modo una mezquina anomalía. Me refiero concretamente a ustedes dos. Ya que Gregg Randal ha venido a acabar su carrera de policía en Montaña Hundida, lugar donde son numerosos los que tienen sobrados motivos para odiar toda clase de ley o represión que no sea la mía. Luego acabaré de ocuparme de usted, Randal. Ahora, en mi deseo de contar con su colaboración vigilada, le ofrezco la elección, Montez.

—¿Entre qué y qué?

—Entre hacerle compañía a Randal, o acatar las indicaciones de uno de mis tres capataces.

—¿Puedo saber qué pelaje tienen sus tres capataces?

—Nada más lógico y más fácilmente realizable, Montez.

Alzó Wolburn la tapa de la caja plana. Pareció pulsar tres teclas. Tres puertas se abrieron. Y en sus umbrales se enmarcaron tres individuos.

Dos eran los que anteriormente habían atado y administrado el isinglass, respectivamente. El tercero, muy alto y esquelético, era cetrino y de negros ojos saltones.

—Mandan sin avasallar —explicó Wolburn—. Dan las órdenes que de mí reciben. Y también las aclaraciones que puedan ser dadas. Elija, Montez.

Buck Montez, poniéndose en pie, se desperezó. Y mirando sucesivamente al armenio, al italo-yanqui y al cetrino esquelético, dijo:

—A ser posible quisiera hacerle caso a uno que sea aproximadamente de mi pelaje.

—Tom Barletti —indicó Wolburn—. Procura que contigo comparta la cosecha el cazador Buck Montez. Ya volveremos a vernos, Montez. Ahora, Tom Barletti le acompañará a su alojamiento.

Buck Montez miró a Gregg Randal y dijo pensativo:

—Hice amistad con el de Boston. No me gusta dejarle amarrado y en pepitoria, Wolburn. En fin, tengo que cuidar de mí mismo. Enséñeme el camino, capataz Barletti.

Se cerró la puerta al salir Barletti y Montez.

En pie, Bruce Jerrod señaló al individuo cetrino y esquelético.

—Primo Quiles —especificó Wolburn—. Procura que contigo comparta la cosecha Bruce Jerrod.

El londinense no dedicó una mirada a Gregg Randal. Era un hombre eminentemente práctico.

CAPÍTULO X

Una larga galería subterránea iluminada a trechos por bombillas protegidas por férrea armazón. A su final, un rellano radiaba en tres otras galerías.

A los veinticinco pasos, Tom Barletti empujó la puerta en que finalizaba la galería central.

La sala más iluminada, en la que entró Montez, tenía un mobiliario rústico. Cama, palanganero, mesa, sillas, un armario y una alacena.

En la puerta cerrada, que debía comunicar con otra sala, había varios recortes de revistas. Las chinchetas encuadraban fotografías de artistas de cine sacadas del «Film Fun».

A Tom Barletti debían gustarle las rubias mantecosas...

Tenía ojos soñadores y delgados labios burlones, cínicos.

—Estás completamente aturullado, cazador. Es lo natural, y no te lo reprocho. Puedes sentarte. Hazte a la idea de que yo soy el maestro, que te leerá la cartilla antes de que te reúnas con los demás colegiales. Yo, Tom Barletti, cuando escapé de un hotel del Estado, en donde se disponían a freírme en seco, estuve dando tumbos hasta llegar a Manaos. ¿Sabes por dónde cae Manaos?

—En el Atlas se lee Manaos buscando al oeste del Amazonas, un poco al sur de la confluencia del Blanco y Negro: ¿Puedo mañana hacer «novillos», señor maestro?

Más soñadores que nunca los negros ojos, comentó el gángster:

—Los que llegan y son seleccionados, empiezan casi siempre como tú. Se hacen los graciosos. Y maldita la gracia que me haces, tejano.

—Si nos vamos a enrabiar tan pronto, apaga y vámonos. Voy a poner los puntos sobre las vocales correspondientes, Tom. Yo vine a cazar, y me han cazado. Pero estoy vivo, y eso es una ganga. Iba agotando las municiones cuando aparecisteis vosotros, enfundados en pieles de lobo rojo. Cuando abrí las pestañas y se me destaponaron los oídos, escuché a Wolburn. Podré cazar, siempre y cuando no sienta afanes de alzar el vuelo. Por ahora, esto es lo que me importa.

—Encontrarás tus armas en tu camastro. Hubo alguno que al encontrarse «lastrado», quiso afinar. Yo soy el capataz de vuestro grupo, porque duermo aquí solo, y cuando uno madruga, yo ya estoy limpiándome los dientes.

—Okey, pal —sonrió Montes—. ¿Y qué era eso de la despedida del gran jefe? Eso de que procurásemos compartir la cosecha. Ninguno de nosotros aguantaría con paciencia en este pudridero, si no supiéramos que tan pronto llegue a su propósito el jefe, cada uno de nosotros será libre de elegir entre un cargo, de muchas campanillas en esta región, o retirarse a un lugar tranquilo con un fardo que dará para yate, palacios flotantes y etcétera. Anda, riéte. Dime que estoy también ido de la azotea.

—Si estás aquí es por dos razones.

—Dime la primera.

—Porque, fuera de aquí, si te pescan vas a la caldera.

—Aprobado. ¿Segunda razón?

—Porque has visto con tus ojazos que hay porvenir en aguantar calores, Oyanas y Aligátos.

—¿De mujeres aquí, qué?

Rió suavemente el italo-yanqui, apuntando hacia los recortes:

—Sólo el recuerdo... —Y añadió—: Hay danzarinas Oyana que vienen algunas noches. Bueno, ya estás sobrando, Texas. Por aquella puerta allá donde encuentres un camastro con tus armas, te tiendes. Van a ser tus compañeros siete «pelos en pecho». Tres franceses fugados de San Lorenzo de Maroni; dos brasileños desertores porque los iban a fusilar; un venezolano motilón, y un inglés que fue legionario antes de ser atrapado cuando asaltaba un Banco. Pórtate bien, y «compartiremos la cosecha». Tienes mi permiso para esfumarte, Texas.

Tom Barletti descorrió el triple cerrojo, y quitó la barra y cadena que aseguraban la puerta, cruzando por entre las mujeres fotografiadas elementalmente vestidas.

—Preséntate tú mismo en la leonera. Yo tengo que escribirle a mi abuelita.

Buck Montez penetró en el alojamiento de los Lobos Rojos capitaneados por Tom Barletti, que al otro lado del recio madero volvía a asegurarse la solitaria quietud.

* * *



Bruce Jerrod contempló la puerta con triple cerrojo, cadena y barra. Fotografías recordadas de «Rica Hembra» y «París la Nuit». Después ocupó una esquina de la mesa.

Primo Quiles, liando un cigarrillo, espetó:

—Aquí estoy para contestarte a lo que pueda contestarse.

—Tienes acento mejicano.

—Porque se empeñaron mis padres. ¿Y qué más?

—Eso tú has de decírmelo. Me han dado a escoger entre comer malvas por las raíces, o hacerte caso como capataz. De dos males, el menor. Y si mandas, es sin avasallar, dijo el mandamos.

Lamiendo el borde engomado del papel, Primo Quiles bizqueó un poco.

Sentenció al colocarse el pitillo en la esquina labial:

—Tienes pinta de perdonavidas, Jerrod. Y a mí me han perdonado la vida como cosa de varias docenas de veces. Los enterré. No es para asustarte, sino para que nos vayamos conociendo.

—Eso quiero.

—De no haber novedades, nosotros vigilamos a un grupo de Oyanas y también no

Oyanas, que le dan al machete, al pico y a la pala. A veces se ponen furiosos, y por esto les vigilamos. Cuando hay novedades, nos llegamos por algún poblado. Tú con hacer lo que yo te indique, irás escarbando. ¿Por qué vas tú a hacer lo que yo te indique? Por lo mismo que los otros seis que van a ser tus contertulios. Porque saben, como yo, que no está lejana la fecha en que cada quisque agarrará lotes de pedruscos para su uso personal, de venta fácil. Pedruscos de esos verdes, blancos, azules... Mientras, se come y se bebe bien. Le damos al gatillo. Tenemos baile algún que otro viernes. ¿No es esto Jauja?

—Lo parece. ¿Y quiénes son estos seis compadres?

—Por orden de años y reaños, vete recordando: Antón, como yo de Veracruz; Biribí, un inglés chistoso; Raymond y Gontram, dos parisinos alegres; Vandamm, un holandés bastante bruto, y Machado, un canario que se cansó de trinar por Caracas. Contigo, un total de siete lobatos. Puedes abrir la puerta. No gastamos cumplidos. Ellos te recibirán a su modo.

Quitaba Jerrod los afianzamientos interiores de la puerta, cuando añadió Primo Quiles:

—Prohibido tocar las armas del compañero ni pelear con armas. Y aquí la prohibición significa que está prohibido. Si le resultas antipático a cualquiera de los seis, puedes darle patadas y puñetazos. Pero te ametrallaré, si empleas cualquier objeto que no llesves encima por nacimiento. Aliviando, milord.

* * *

Gregg Randal, al salir Bruce Jerrod, dirigió la clara mirada de sus ojos hacia Frank Wolburn.

—Fuera, Niko. Volverás cuando te llame —ordenó Wolburn, y al cerrarse la puerta ocultando al armenio pulsó las teclas de cierre anterior.

Alisó sobre la mesa una hoja impresa, diciendo:

—Es lamentable que eligiese ser policía, pudiendo ejercer la profesión de ingeniero fluvial. Tengo un completo archivo de todo lo publicado acerca de materias referentes al Amazonas y Casiquiare. Y por estar estrechamente relacionado con mi magno proyecto, leí con suma atención este artículo, publicado por usted en una revista geográfica, hace tan sólo unos meses. ¿Era para justificar su llegada a Tres Fronteras?

—No recuerdo que nada de lo que está escrito en este artículo pueda relacionarse con su deseo de matarme, Wolburn.

—No es un deseo, sino una necesidad impuesta por las circunstancias. Presto mucha atención a lo que usted mismo escribió...

Fue leyendo Wolburn, pausadamente.

«El Casiquiare, canal natural».

«En la división de los ríos por cuencas se ha creído encontrar un punto fijo para la delimitación fronteriza de los territorios administrativos. Por lo pronto hay que convenir que es un sistema muy utilizado en el acto de concertar tratados políticos, como podemos observarlo a través de la Historia. No obstante, esta pretendida fijeza no es absoluta, pues más o menos las cuencas varían por las diferentes fuerzas de erosión, casi siempre en pequeñísima proporción, es verdad, pero en ciertos casos incluso todo el caudal de un río puede pasar a otro por el fenómeno conocido en hidrografía con el nombre de captura. Este fenómeno, sin embargo, casi nunca tiene lugar en las regiones dominadas por el hombre, debido a las defensas que este construye. El fenómeno de captura hidrográfica que aquí se señala, si bien es muy conocido a través de los tiempos geológicos, es muy difícil de encontrar en la actualidad. El caso más interesante parece ser el del río Casiquiare, que algunos autores han considerado un fenómeno reciente de captura.

»El Casiquiare une las cuencas del Orinoco y del Amazonas, por medio del río Negro, a través de parajes aún inexplorados, y por mediación del Urú, que corre por la impenetrable región Oyana.

»Después de muchas dificultades para alcanzar el alto curso medio del Orinoco, Humboldt, al cabo de diez días de circular por el Casiquiare y de pernoctar en la jungla, deshizo la leyenda de la existencia de un lago en el nacimiento del Orinoco, no porque visitase sus fuentes, sino por los datos adquiridos de los indígenas.

»Según la interpretación de Humboldt, el Casiquiare tenía un cauce casi horizontal, hasta llegar un momento en que la corriente se perdía bajo capas de jungla impenetrable. De acuerdo con estos datos, se interpretó posteriormente como una captura en curso, de forma que exploraciones efectuadas en el año 1940 han permitido conocer que la desembocadura del Casiquiare en el Negro, a través del Urú, tiene un desnivel de 21 metros en relación con el Orinoco, y de 16 en relación con el Alto Amazonas. Sería, pues, posible, si el hombre pudiera penetrar en la jungla, sanearla y realizar las obras pertinentes, convertir toda la extensa comarca infranqueable por ahora, que separa el Casiquiare del trecho navegable del Negro, en una canalización que transformaría en vergel y nuevo continente la misteriosa región Oyana.

»Se necesitarían millones, y un ejército de trabajadores tenaces, pero

no es ninguna utopía. De momento, subsiste la curiosidad por el desconocido Urú que une la cuenca del río más grande del mundo con otro de los mayores. Sería empresa de gigantes canalizar el Urú, pero el pigmeo nunca dominó más allá de la puerta de su choza.

»Gregg Randal«.

—Repito que es lamentable —terminó Wolburn— que la ingeniería fluvial sólo sea para usted un pasatiempo de «dilettante» y prefiera la vulgar profesión de policía.

Gregg Randal puntualizó:

—No puede su megalomanía llegar hasta el extremo de creer que con un puñado de criminales canalizará usted el Urú.

—Yo tengo los millones y sabré hallar el ejército de trabajadores tenaces, una vez asentados los cimientos de esta gran obra. Yo conseguiré que el Gobierno brasileño me ceda como a una empresa colonizadora el pleno dominio de toda esta comarca, pagándole la tributación que se estipule. Si en las Pirámides murieron esclavos a millares, fue para que hoy puedan contemplarse. Pero mi obra es más práctica. Multiplicará hasta el infinito cada gramo de oro que invierta, cada gota de sangre que moje el suelo de las riberas del Urú, será embrión de riquezas... Con ecuanimidad, ¿puede detenerme la idea de matar a quien pretenda oponerse mientras está en gestación mi colosal proyecto?

Gregg Randal volvió a puntualizar:

—Comprendo su propia crueldad. Es la de los geniales locos o constructores de empresas. Ahora voy yo a corresponder a su sinceridad. Me gradué ingeniero fluvial, y fue en el Canadá donde, al intervenir casualmente en la resolución de unos sabotajes, acepté ingresar en la policía internacional, agregado a la sección que lucha contra los sabotajes realizados en merma de empresas que quieren construir puentes, carreteras o canales. Y hace dos meses escribí este artículo porque me llamó la empresa neoyorquina que ha invertido muchos millones en sus primeras obras por el curso del Casiquiare.

—La empresa «Iron Dack Limited».

—Exactamente. Y fue en Atures, al sur de Venezuela donde un gerente ingeniero de la «Iron Dack» me expuso la situación. Una partida de extraños forajidos, que aterrorizaban a los trabajadores nativos, además de matar, ametrallando a sangre fría, llevaban un plan preconcebido de sabotaje persistente. No podían continuar invirtiendo dinero ni vidas, mientras los Lobos Rojos reiteraran sus incursiones salvajes. Voy comprendiendo ahora... No le interesa a usted que ninguna empresa vaya avanzando hacia la bifurcación del Casiquiare.

—Exacto. Lo que no comprendo es por qué empleó la senda que parte de Tres Fronteras, en vez de intentar seguir el curso del Casiquiare y hallar su unión con el

Urú.

—Me dieron las siguientes pistas. Un agente de la Interpol, llamado, Rock Hyme, llegó al hotel «Espuela» de Tres Fronteras. Flirteó con Ruby Benton, y se internó al sur de Sierra Parima. Apareció muerto por insolación, en un esquife a la deriva. Se le achacaban muchas fechorías, que desgraciadamente se comprobó eran ciertas. Yo cogí un avión en Caracas fletado por la «Iron Dack», que me condujo directamente a Kaietur, desde donde tomé el «British» para Tres Fronteras. Fingí ser un bala perdida, tratando de sonsacar a quienes habían tratado a Rock Hyme. Y esperando la ocasión de unirme a un «safari», precipitó los acontecimientos el rapto de Ruby Benton.

—Soy yo, el único que puede aclararle el misterio de la transformación de Rock Hyme, de obstinado sabueso en salvaje forajido. Mi proyecto le entusiasmó, cuando yo aún ignoraba que era policía. Al averiguarlo...

—¿Cómo?

—Una mujer bajo determinadas influencias y circunstancias ambientales, obtiene muchas confidencias. Cuando supe la verdadera condición de Hyme, no se lo revelé. Le dije tan sólo que para permanecer aquí, debía dar pruebas. Tomó parte en algunas expediciones, en la sección capitaneado por Niko Paluka. Y pretendió, escapar... Lo tuvieron unas horas enterrado hasta el cuello, vivo. Había hormigas, pero fue el sol quién primero lo venció. Le dejaron a la deriva en un esquife. Es conveniente, que se propague una gran verdad. Nadie regresa con vida del centro de la región Oyana.

—Matarme le causará poco beneficio. ¿Está tan sobrado de técnicos en canalización entre sus forajidos? Si está tan seguro de que nadie puede intentar huir, ¿qué pesa más en su balanza valorativa del rendimiento de un mísero mortal? ¿Qué valora más: un policía muerto o un ingeniero, fluvial vivo?

Frank Wolburn, levantándose, cogió la metralleta...

Una de las arañas luminosas osciló en sus radiaciones, creando por unos instantes la impresión de varios relámpagos.

Frank Wolburn, colocando de nuevo la metralleta sobre la mesa, notificó:

—Ya no depende de mi sola voluntad su modo de morir, Randal. Decide también la que conmigo comparte el mando en Montaña Hundida.

Y señaló el vacío sillón de la otra cabecera, rematada por un águila de oro.

CAPÍTULO XI

Una delicadísima europea, quintaesencia del refinamiento, de perversos ojos almendrados y gentil en todos sus ademanes. Se llamaba Ingeborg y para ella reservaba Wolburn su único aliento humano, tratándola con la reverente afectuosidad que un cíclope dedicaría a una exquisita filigrana.

Había sido concisa. Tenía razón el yanqui. Un policía muerto no tenía utilidad. Podría aprender prácticamente las teorías de «captura» fluvial.

Y vino Niko Paluka. Un ser bestializado, que miraba con temor a Wolburn y con adoración a Ingeborg. Y que golpeó con experto revés la osada boca que se atrevió a decir:

—Revestir kimonos no concede la espiritual elegancia china, Ingeborg. También los visten las tanguistas.

Gregg Randal recuperó los sentidos en el fétido interior de una caverna. Aquello debía ser el «sector» de empalizadas a que hizo referencia Ingeborg.

Indígenas Oyanas de tatuados rostros, amarillentos y apergaminados; brasileños sombríos; venezolanos exasperados; algún que otro individuo de piel que debió ser más blanca que las de los restantes componentes del «sector». Todos se igualaban en el adorno de una argolla con grillete en el tobillo derecho.

Sopesó Randal la esfera de hierro. Justificaba los gruesos eslabones.

Y supo lo que era «practicar» en empalizadas. Arrastrar troncos de durísima madera, ensamblarlos enhiestos, conteniendo mezclada piedra y tierra, que era luego apisonada con otros troncos.

A una distancia de media milla del curso del Urú, aquel largo conducto estaba destinado a ser el cauce de desnivel. Una obra que exigiría unos años más. Invisible desde el aire, porque una artificial arcada de lianas floridas arrancaba desde la caverna a un lado de Montaña Hundida.

Vigilaban Niko Paluka y doce energúmenos, llevando el rifle o metralleta en banderola. No tenían látigo, sino una larga pértiga con un extremo arqueado en tres anzuelos de hierro.

Gregg Randal, sin ser doctor en Medicina, comprendió que en aquella obra digna de un faraón enloquecido por afán de poseer un dominio y ofrendarlo como reino a una delicada centroeuropea, los que trabajaban desde el amanecer hasta la noche gris de la jungla, tendrían un promedio de duración de meses.

Lo cual justificaba los frecuentes raptos que llevaban a cabo los tres grupos de forajidos, recubriéndose cabeza y torso con el amplio blusón formado por la testa y pelaje de un Lobo Rojo.

A la tercera noche, Bruce Jerrod tenía ya su propio mapa dibujado sin instrumentos de precisión, grabado en la mente. Aquella necrópolis subterránea

prolongaba sus galerías en otras bajo tierra abiertas por mineros y excavadores Oyanas, sudamericanos y algunos europeos, retenidos por grilletes.

Primo Quiles tenía un modo especial de castigar al remiso en echar los bofes. Arañaba suavemente con el tiple garfio, y de pronto levantaba.

El aullido del martirizado resonaba en la galería minera.

Junto al camastro ocupado por Jerrod, el «chistoso inglés», Biribí tendía su musculatura pesada de carnicero. Lo había sido en Soho, antes de abandonar el barco que le transportaba a las canteras de Kaietur para cumplir diez años de trabajos forzados.

¿Qué como había llegado a Montaña Hundida? Estaba en Manaos cuando una francesa, ya vieja, le habló de una contrata excepcional. Sí una francesa oxigenada, de piernas algo arqueadas. Hizo un viaje más pesado a partir del momento en que el río Negro dejó de ser navegable.

Pero no le pesaba aquel viaje. Algún día, provisto de su saco de piedras preciosas, abandonaría Montaña Hundida. Pensaba comprarse una fazenda al sur del Brasil. Tendría una piscina refrigerada, y contrataría por la ruta de Montevideo sirvientas inglesas menores de cuarenta y mayores de quince.

Bruce Jerrod dejaba hablar al otro inglés. Sólo a la quinta noche, dijo, suavemente:

—¿Por qué esperar a que nos den lo que podemos tomar?

En dos de los camastros, los naipes batían su decisión azarosa...

Biribí también bajó la voz al replicar:

—Muchos intentaron fugarse con diamantes, porque pueden llevarse muchos en poco bulto. Los cazaron los Lobos Rojos.

—¿Lobos Rojos? Son como tú y yo. Tipos sobre dos patas. Piénsalo, y si alguno de los demás te merece total confianza, podemos charlar. Aquí, faltan años para que esto llegue a ser lo que quiere el loco vienés. Nos pudriremos de reuma. No es sólo lo que ganemos vendiendo unos cuantos diamantes. Cualquier trust minero nos daría millones para poder presentar su «claim» de propiedad, ya que esta Montaña Hundida no está inscrita como «claim». Piénsalo, Biribí. Pero no te confíes, si no estás plenamente seguro del terreno que pisas.

Tardó Biribí en contestar:

—Antón es el alma infernal de Primo Quites. Los dos franceses gozan desquitándose de los años de canteras. Vandamm bebe demasiado jugo de «crespa» y luego sueña en voz alta. Intentaré con el canario. Porque tenemos que ser al menos tres. Uno para coger diamantes, el otro para ametrallar al resto de la «panda» y el tercero para traer los caballos. Se puede ir a lomos hasta la frontera venezolana, cuando se conoce la salida del Urú. Yo la conozco.

Bruce Jerrod cerró los ojos, soñando en que por fin se acercaba el momento en que dejaría de ser un dibujante de mapas peligrosos. También tendría su piscina helada.

* * *

Los aligátos negreaban a ras del agua cuando desde lejos se les lanzaba, con una catapulta formada por un saco y juncos vibrátiles, carne cruda.

Se disputaban a coletazos las estremecidas viandas: animales cogidos al cepe, y bastantes veces un agotado «obreiro» de las minas o empalizadas.

Y comprendió Buck Montez por qué era apreciado un buen tirador con pulso tranquilo. Tenía que disparar desde una plana balsa, avanzando impulsada por las pértigas de Oyanas aherrojados de tobillos y cintura a los cuatro costados de la balsa. El tirador, en el centro, debía proyectar rápidamente el foco nutrido de una resina inflamable. Sorprendidos en su nocturno festín, los monstruos, en vez de huir, avanzaban hacia la repentina luz.

A ras del agua brillaban rojizos sus crueles ojos. Había que disparar con pausa, y al mismo tiempo, velocidad, eligiendo los que dando un cuarto de vuelta, intentaban emplear su mejor arma: la cola en latigazo que volcaría la balsa.

—Saneamiento, higiénico —afirmó Charke, el exlegionario.

Por esto los siete subordinados de Tom Barletti habían sido seleccionados por dar pruebas de buen pulso, sangre fría y excelentes reflejos.

—Somos la élite —comentó Montez—. Y nos miman. Pero por cada centenar de lagartos que pongamos panza arriba, vendrán doscientos más. Estas aguas remansan, y son las ideales para estas lombrices.

—Cuando las empalizadas estén terminadas, podrán formarse esclusas, y entonces no habrá que malgastar plomo. Se cogerán, aligátos por un método ingenioso. Una vez entren en una de las esclusas, bastará vaciar el agua. ¿Lo estás viendo? Patalearán rabones y furiosos, como una arroba de camarones cogidos en cesto.

Al sexto día de cazar aligátos, Buck Montez vio una balsa elevarse. Y el venezolano motilón se convirtió, con los Oyanas aherrojados en los maderos, en líquido rojizo.

Para que los demás no pensasen demasiado en los riesgos del «saneamiento», Tom Barletti entró en su alojamiento, diciéndoles:

—Id a por los caballos. Tenemos un día de vacaciones. ¿A dónde vas, «Texas»?

Buck Montez, deteniendo su zancada, elevó los hombros en gesto de indiferente elocuencia. Demostraba su aceptación de ir y venir allá donde le indicasen.

Tom Barletti especificó:

—No estás aún centrado, y «han» decidido que no salgas de excursión. Tú te lo pierdes. Vamos a una aldea en la que se disponen a celebrar la boda de una hermosa Oyana. Sígueme... Esta noche pasas al alojamiento del mejicano Quiles.

Dijo tan solo:

—He quedado corto de pantalón.

Había sólo cuatro hombres en la nave. Faltaban Bruce Jerrod, el legionario Biribí y el canario Machado.

Y al amanecer Primo Quiles llamó a Montez:

—¿Oíste soñar al borracho holandés?

—Sí —dijo concisamente Montez.

—Se pone tonto cada vez que se entera que nadie puede largarse sin permiso de la autoridad. ¿Era amigo tuyo el lord de Londres?

—Bruce Jerrod era un conocido de viaje, nada más.

—Con filosofía todo se digiere mejor. Ya hiciste noche en la cama que albergó a Jerrod. Otro la ocupará, así como las de Biribí y Machado. Y como después de los festejos a celebrar, Barletti estará ausente algunas fechas, vas a pasar al equipo de Pulgarcito. Le llamo así porque tiene una manía: está orgulloso de sus dos pulgares. Con ellos es capaz de obligarle a un aligátor a cantar el «Réquiem» si se los hinca en el gaznate.

Buck Montes pasó a contemplar a los que arrastraban troncos, apisonaban tierra y piedras, y trazaban el futuro cauce de contención para desviar el Urú.

El amo de aquel canal sería virtualmente el dueño de una vasta extensión inhóspita, convirtiéndola en feroz llanura de regadío y en productoras de energía eléctrica, al aprovechar los nuevos saltos de agua, y poder con cursos líquidos formar la barrera que contuviera en sus señalados límites el incendio que arrasara la vegetación, allanando la tierra, y haciendo de aquellos horizontes febriles un horizonte despejado en cuyo centro, a modo de puesto de mando, recortaba su meseta la Montaña Hundida, de cuyas entrañas salía la riqueza en piedras preciosas que podía hacer de Frank Wolburn el Sutter de la jungla Oyana.

Pero un policía ingeniero fluvial sabía Morse. Y también lo sabía Buck Montez.

Entre repiquetees, resuellos y desplomes de piedras y troncos, sólo el oído atento de Buck Montez y el de Gregg Randal iban leyendo las frases transmitidas por la culata de un «Springfield» y un madero chocando contra los eslabones del grillete.

CAPÍTULO XII

Al primer «festejo,» no acudió Buck Montez. Pero doce días después, y de nuevo en la partida al mando de Tom Barletti, Buck Montez recibió el espaldarazo del compadrazgo.

En un gigantesco anfiteatro, en que se escalonaban muros semiderruidos y cuya bóveda era sostenida por los restos amontonados a consecuencia del terremoto que hundi6 la montaña.

Era el último residuo, de la Ciudad Sagrada en la que los emigrados mayas perduraron dos siglos. Algunas salas subterráneas habían quedado intactas, así como la necrópolis.

En cierta ocasión, Buck Montez había presenciado una bacanal organizada por una partida de bandoleros mejicanos. No había el menor refinamiento, sino pura bestialidad desencadenada.

S6lo Tom Barletti, Primo Quiles y Niko Paluka, en posiciones aisladas, mantenían un aparente decoro.

En la redonda explanada donde antiguamente celebraban sus ritos los Mayas, unas indígenas Oyana bailaban sus extrañas danzas acompañándose por el cascabeleo de las plaquitas que en brazalete rodeaban sus muñecas y tobillos.

Sentado cerca de Barletti, en lo que fue antes banco para id6latras, Buck Montez dej6 de mirar a la veintena de forajidos que, contemplando las evoluciones de las raptadas Oyana, iban «escogiendo».

Tom Barletti, soñador, se tendía a medias en el banco de piedra. Al lado de su cadera derecha reposaba la metralleta, pero se veía que su predilección iba al «Mauser», nueve largo, que llevaba colgando en funda del hombro: izquierdo.

—Cuando regresen a sus tribus, estas coristas contarán que no sois monstruos, sino fieras con dos pezuñas.

—Es que ninguna de ellas regresa.

—Una medida acertada para poder conservar el prestigio.

De vez en cuando uno de los forajidos, con un trozo de corteza, se acercaba a una de las temerosas danzarinas. Y le aplicaba la corteza en un hombro.

La corteza dejaba su rastro jugoso y carmíneo sobre la piel, canela.

—¿Mercado libre, no? —indag6 Montez.

—Somos hombres libres.

—¿A que no?

Mir6 Barletti con recelo al cazador. Éste apunt6 hacia Niko Paluka.

El exluchador no apartaba los ojos de una Oyana, más alta, más estilizada que sus restantes compañeras de martirio.

—Pulgarcito gruñe cada vez que alguien se aproxima a aquella preciosidad, de

ojos que no le caben en el rostro.

—Es Obylda, la virgen que iba a casarse con el principal guerrero Oyana de Uatama.

—Has dicho tú mismo que somos hombres libres. Ponerlo en duda sería denigrante.

Con su elástica zancada, Montez saltó varios bancos, hasta llegar cerca del coro de danzarinas, en cuyo centro Obylda mimetizaba con gran propiedad los gestos de la virgen horrorizada.

Niko Paluka se acercaba también, ya que su gruñido reiterado no había parecido llegar al finísimo oído del cazador.

Buck Montez sonrió, empleando algunas de las pocas palabras que había aprendido del dialecto de los Oyana:

—*Tumac hicasí kon bor laben, Obylda*^[3].

Los grandes ojos de belleza excepcional en su matiz de avellana dorada al sol tuvieron expresión agradecida.

—Tienes otras para escoger. Ésta es mía.

Las danzarinas fueron inmovilizándose, y las atrajeron hacia atrás los que iban marcándolas.

Buck Montez abrió los brazos, al decir:

—Somos hombres libres, Niko. ¿O me tomas por un bailarín oyana?

Desde su postura aletargada, comentó Tom Barletti:

—No vas a pelear por una salvaje, Niko.

—Y menos teniendo el arsenal encima —opinó Montez—. Somos hombres libres, pero aquí dentro para festejar no sé qué, sólo llevan armas los capitostes de no sé qué. Ven, Obylda... Sí, acércate, gacela. Vamos a compartir galletas y café.

Niko Paluka se desciñó las cartucheras. Recogió su pistola y rifle Primo Quiles...

Obylda se sentó, cruzando las piernas a cinco pasos tras Montez, que, piernabierto, apoyadas las manos en las caderas, manifestó:

—Luego reclamaciones al maestro armero. Yo no pedí pelea.

Rió el francés Gontram:

—Vas a tener unas semanas de tortícolis, tejano.

Niko Paluka, bajando los dos pulgares, abombó el torso. Adelantó las manos en las que destacaban los dos pulgares anchos y planos.

Buck Montes dio un paso a un lado. Parecía meditar entre echar a correr o recoger del suelo algo sólido, para defenderse de la primera acometida, del que avanzaba lentamente, con gestos del profesional de catch.

Moviendo los antebrazos en vaivén de codos, como émbolos, Niko Paluka movilizaba sus noventa kilos con la aplomada seguridad del luchador campeón en descalificaciones sobre el *ring* y en la sociedad.

Buck Montez imitó al jugador de pelota base lanzando. Tomó impulso sobre su pierna derecha, en alto la izquierda, y distendiéndose...

Niko Paluka encajó sin pestañear el puñetazo en el flanco, parando el puño izquierdo. Torsionó, colocó un hombro, y Buck Montez salió disparado por encima del armenio.

No cayó de espaldas porque se agarró con ambas piernas al brazo derecho de Paluka. Y empujó con las suelas de las botas.

Pudo así menguar el aterrizaje. Se revolvió con veloz agilidad, pero ya tenía bajo su barbilla y delante de sus tobillos los dos antebrazos del armenio.

La llave favorita de Niko Paluka.

Empujando hacia arriba cara y piernas del adversario, Niko Paluka, arrodillado a un lado, oía crujir la espina dorsal. Los árbitros tenían que golpearle sabiamente para evitar que el oponente del armenio quedase para siempre inútil, no ya para la lucha, sino para transitar.

Allí no había árbitros, sino regocijadas fieras humanas y esclavas sometidas a la violencia.

Buck Montez oyó también crujir su espina dorsal. Tenía los brazos largos y dejó de elevarlos hacia atrás, para aferrar el antebrazo.

Tendió una mano abierta, doblados los dedos del medio, sólo erectos el índice y el meñique.

Rugió Paluka al molestísimo contacto de uñas y yemas con sus ojos.

Fue puramente animal su gesto de protegerse las pupilas.

Y Buck Montez aplicada la «horquilla argelina», tuvo tiempo de recuperar la horizontal, abandonando su doloroso arqueo. Tuvo también tiempo de asestar un puntapié al arrodillado armenio.

Saltó para esquivar la nueva presa, y montó a los lomos del rugiente luchador enfurecido. Le aplicó las manos sobre los ojos...

Primo Quiles gritó jubiloso:

—¡La gallinita ciega!

El estrangulador de mujeres manoteó, emitiendo rugidos de intenso dolor.

Desmontó Buck Montez y pudo emplear los puños. Cuando Niko, Paluka privado de visión, quedó privado de sentidos, Buck Montez siguió poniéndose a tono con la general alegría masculina.

Colocó un pie sobre el torso del yacente, y levantó la diestra en horquilla índice y meñique.

Primo Quiles lanzó un estridente: «¡Kikirikí...!». Obylda se encogió levemente cuando sobre sus nudosos cabellos negros acarició la mano ensangrentada... Repitió Montez su frase apaciguadora.

Y sólo entonces vio a los que se hallaban en la plataforma de acceso al anfiteatro.

Frank Wolburn, Darius Jacobs y la blanquísima delicadeza que era Ingeborg.

Darius Jacobs decía algo, que era escuchado con atención por Wolburn.

Y poco después retransmitía Tom Barletti:

—Sígueme. Te esperan en la sala de conferencias. A esta déjala...

—Me ha costado el sudor de mi frente, ¿no? Según la Biblia, la mujer seguirá al dueño siempre.

—Sólo a ti te llaman.

—Es mi día de asueto. Somos hombres libres, boss.

Seguía subiendo los peldaños llevando cogida de la mano a Obylda.

Tom Barletti sentenció:

—No llegarás a compartir la cosecha, tejano. Aquí no estás acampando en la jungla. Allá tú.

En la sala rutilante, ocupaban las cabeceras de la mesa, Ingeborg y Frank Wolburn.

Darius Jacobs, el mismo sillón en que conoció al amo y señor de Montaña Hundida.

Tom Barletti retrocedió a la señal imperiosa de Ingeborg. La puerta se cerró, y Obylda se apretó en busca de protección a un costado de Montez.

Y se acurrucó sentada sobre sus tacones, cuando Buck Montez apoyó las manos en el sillón, haciendo frente al etnólogo.

—¿Qué tal, sabio Jacobs? ¿En qué nómina le inscribieron, culto gorila?

Frank Wolburn expuso:

—No se le ha llamado para oírle supuestas ironías, Montez. Acaba usted de inutilizar a uno de mis fieles capataces.

—Su sensibilidad me conmueve, Wolburn. Pero si no dejo ciego a Niko, él me hubiera dejado parálítico. Y un cazador con parálisis no atrapa ni moscas. Todo empezó como la mayor parte de las humanas disensiones: matrimonios, guerras y demás. Vi a esta mujer y me llegué a Diana. Es bonita, es sumisa y puede ser la perfecta esposa de un cazador. ¿Usted que es técnico en razas, Jacobs, ha visto una belleza más perfecta en su salvaje naturaleza que la de Obylda? Se llama Obylda, y la quiero por esposa, con el sano propósito de defenderla con uñas y dientes. Me intriga su exquisita sonrisa, señor Wolburn.

—La señora Wolburn pretende hacerte saber sin palabras que aquí no eres más que un minúsculo diente en el engranaje completo, Buck —dijo Jacobs—. Ella presencia desde sitio oculto las expansiones de la turba infrahumana, en la que acabas de demostrar tu tosca condición.

Buck Montes apuntó el índice hacia Jacobs:

—Y usted, espíritu superior, se ha arrimado al ascua que más calienta.

—El profesor aceptó prestarme el apoyo de su prestigio internacional para obtenerme la influencia de los Institutos Coloniales. Está cercano el día en que unas fronteras marcarán mi posesión. Aceptó el profesor ser mi representante, a cambio de la vida de Bruce Jerrod. Sí, fue sorprendido en intento de fuga. Murieron sus dos cómplices, que han cebado una charca de aligátos. Bruce Jerrod emplea su musculatura en las empalizadas, junto con el ingeniero Randal.

—Ningún profesor ni Instituto podrán hacerle perdonar las muchas muertes y

fechorías a que usted ha inducido a sus Lobos Rojos, Wolburn. Hablo así porque me imagino que no me han llamado para darme la medalla del Mérito Porcino. Hace rato que *Frau* Ingeborg me ojea con la maravilla de sus ojos y el cañón de un revólver «Webley».

Darius Jacobs se puso en pie.

—Hoy entra en conjunción la fase de plenilunio con la órbita estelar, anuncio de primavera. Esto exordio astronómico tiene su importancia. Pero antes de demostrar la íntima y estrecha conexión entre mi aserto astronómico y la coherencia de mis conclusiones, paso a informar que captado por la magnitud del proyecto elaborado por el doctor Wolburn, he deseado demostrarle mi absoluta compenetración.

Ingeborg Wolburn siguió acariciando el revólver «Webley» diciendo:

—Excúseme si le interrumpo, profesor. Tuve mis sospechas y usted las confirmó. Usted nos informó de que Montez había llegado a Tres Fronteras después que Jerrod y Randal. Exactamente el mismo día en que un avión de la «Pan American» depositaba en Georgetown a un viajero llegado de Trinidad. Que se entrevistó en su habitación con un hombre llamado Albert Everett, cuya violenta muerte reveló que pertenecía a la Interpol. ¿Me sigue atentamente, Montez?

—Con el ánimo pendiente de un hilo, señora.

—Nos consta que usted hace mucho tiempo que supo habituarse a la idea de que la muerte podía sobrevenirle a cualquier momento. Supo engañarnos, si bien ha estado constantemente vigilado. No reaccionó cuando Randal, su colega, quedó a merced de nuestra sentencia.

—Randal actuaba enviado por la «Iron Dack» —dijo Jacobs—. Este cazador pertenecía a la sección de élite de la «Interpol». Tuve la certidumbre cuando le sorprendí, sin que me viera, intercambiando un mensaje con Randal, por Morse.

Rió Montez, que abandonó su apoyo en el respaldo, para sentarse de lado en el ancho brazal. Obylda, acurrucada, reclinó su cabeza sobre la rodilla del cazador, agente número 40, de la «Interpol».

—Ya que estamos en conferencia de técnicos superiores, sepan que existe otro sistema de comunicación. Colocada la diestra sobre una culata de rifle, se busca el reflejo de la luz solar. Basta emplear los dedos, y sé emplearlos. Cada destello corto, punto. Cada destello que se deja alargar, raya. ¿No conocía este sistema, chivato?

Miró sonriente el agente número 40 a Darius Jacobs, que sentado, decretó:

—Los indígenas de Nairobi transmiten noticias de un modo originalísimo. Recuerden que se lo ilustre cuando les aclare la conjunción de plenilunio y órbita primaveral. No puedo intervenir, Buck. Eres peligroso, mucho más que el codicioso Jerrod y el jovial Randal. Tu Obylda se quedará viuda antes de probar las mieles de tu repentina pasión.

Buck Montez, manifestó:

—Un cazador no busca la presa por el solo placer de matarla. A veces goza también con sólo encontrar su abrevadero. Yo he encontrado el abrevadero, y cada

fiera está localizada. En Georgetown os sirve de espía el jamaiquino del «Woodbine Hotel», sólo él avistó mi encuentro con Everett. En Tres Fronteras, os informa Ruby Benton. Me di cuenta de que el rapto tenía puntos oscuros. El chino Yang-Hu se dejó golpear en la cabeza por Luiza Camacho. Pasaron delante de Randal, porque así lo indicó Ruby. No fue la corcova del caballo la que salvó a Randal. Le disparó la propia Ruby, sólo a herir. Ningún bandido conocedor de la jungla, viajaría con una prisionera por el suroeste de Sierra Parima, a no ser porque la propia Ruby juró que vosotros le daríais «parte en la cosecha». Camacho buscaba zafiros. Los hay a montones aquí. *Madame* Josiane Borel es vuestro tercer enlace. Tratará de amaestrar a Luiza Camacho, después de fingirse maternal. Me apostaría lo que no es ya mío, o sea mi piel, a que Vicente el «laceiro», ignoraba que su esposa era una ruedecilla del engranaje.

—Y ganaría usted —afirmó Wolburn—. ¿Qué más ha averiguado?

—Usted fue dado por desaparecido por la propia Ruby. No encontró usted esta Jauja. Se limitó a meter en cintura a bandidos, y principiar las obras de desviación del Urú, y su saneamiento.

—Como ya le he explicado, al profesor, fue un austríaco como yo el que, ganándose la amistad de unos oyanas residiendo al norte de Mansos, llegó a esta montaña, considerada inviolable por los demás oyanas. Era hermano de mi esposa. Y comprendimos que alejando toda posible exploración, llegaría un día en que esta comarca sería exclusivo dominio nuestro. Cuando el profesor Jacobs obtenga las debidas licencias de explotación, desaparecerá de aquí todo rastro de «Lobos Rojos». Nosotros somos tan sólo científicos —epilogó Wolburn.

—No lo dudo ni un instante —aseguró Montes—. Antes de que se mortifique el dedito con el gatillo, *Frau* Ingeborg, ¿me tolera unas preguntas?

—Deformación profesional... —decretó Jacobs—. Hasta en capilla, un policía siente el afán de interrogar a su verdugo. En este caso, una gentil dama, cuyos disparos consolidarán los cimientos inderrocables de nuestra potencia futura. ¿Qué querías preguntar, Buck?

—Esta montaña y sus perforaciones tienen el cerco protector de las barreras de la jungla oyana. Sin embargo, hombres como Barletti llegan hasta Manaos.

—Por una salida que ignora, ya que él y sus seguidores llegan vendados de ojos hasta el lugar en que hallan senderos practicables. Sabias prudencias lógicas —acotó Darius Jacobs—. Nadie puede llegar hasta aquí, sin consentimiento de mis asociados en esta magna empresa. ¿Otra pregunta, Buck?

Rió Montez. Con exultante satisfacción. Y dijo:

—La ambición de poderío le hizo olvidar algo importante, Wolburn. Hay seres codiciosos como Jerrod. En su mayoría, los hombres aspiran sólo a la riqueza. Otros como yo, sólo aspiran a cazar, y se contentan con obtener algún día una compañera ideal. Como lo será Obylda. Les habló de reflejos. Hable usted ahora, sapientísimo Darius.

Ingeborg Wolburn apretó repetidamente el gatillo del «Webley», dirigiendo su cañón hacia las espaldas del cazador-policía.

Darius Jacobs, en pie, informó:

—Son cartuchos blancos, señor Wolburn.

Añadió en oyana unas palabras. Obylda, de sumisa y asustada virgen, se transformó en pantera.

La visión de su esposa derribada por la oyana, convirtió a Frank Wolburn en humano torbellino. Su metralleta también estaba cargada con cartuchos «blancos»...

Los puños de Buck Montez repiquetearon mientras Wolburn apretaba en vano el gatillo.

Darius Jacobs empleó gasas como mordazas, y vendas como ligaduras. Después, volvió a sentarse.

En los dos sillones de cabecera, amordazados y atados, Frank Wolburn y su esposa podían oír la documentada exposición de Jacobs.

—Fue Buck el que transmitió a Randal una idea. El método Nairobi. En upa corteza se inscribe a punta de hierro un mensaje. Se repite muchas veces en distintas cortezas. Se introducen las cortezas así marcadas en cualquier recipiente que pueda flotar. Hay que conocer las corrientes. Las conoce Randal. Yo les sorprendí intercambiando sus ideas. Y Buck me envió reflejos... Yo era un hombre de ciencia, no un canalla. Esta comarca debía ser tierra de provechosa pacificación, no dominio de un pequeño Atila. Sí, así le llamo, doctor Wolburn. Y yo me encargué de ir dejando correr por el Urú los recipientes conteniendo cortezas taladradas. Cualquiera que recogiera una de ellas, sólo sabía que le entregarían mil dólares, si llevaba la corteza taladrada a una dirección de Manaos. Y les propuse que hoy celebraran sus forajidos una pequeña orgía, porque es la fecha en que hemos convenido con agentes coloniales, para que tomen posición, tan pronto les sea señalado, el emplazamiento de acceso, mediante bengalas. Las bengalas son de fácil elaboración, disponiendo de pólvora y jugo de cortezas de varios colores.

Buck Montez iba sustituyendo los cartuchos de la metralleta por los que iba dándole Jacobs.

—La conjunción del plenilunio y la órbita primaveral, marca el crepúsculo del quince de abril, doctor Wolburn. Los aviones transportando agentes coloniales y de la «Interpol», planearán cuando las bengalas les indiquen la posición para que los armados paracaidistas puedan acudir a las dos entradas y salidas de esta guarida. Guarida que se convertirá en centro de estudios para científicos verdaderos, y punto de arranque para la obra constructiva de un consorcio colonial. Sí, Buck, yo me ocupo de la puerta.

Buck señaló la caja de teclas que abrían las puertas.

Se aproximó hasta adherirse a un lado de la puerta cuarta. Y presionó Jacobs la tecla correspondiente.

Tom Barletti se llevó la diestra a la funda, una fracción de segundo tarde. En su

rostro, la culata de la metralleta chocó estrepitosamente.

Y Obylda ató concienzudamente al gángster, cuyas armas de fuego pasaron a poder de Montez, que entregó la metralleta a Jacobs y guardó la pistola.

—Ocúpese de Jerrod y Randal, tan pronto me acompañe a la salida, Darius. Uno de ellos que vigile aquí con Obylda. El otro, que venga a reunirse conmigo y me relevará usted, para dar la bienvenida a los paracaidistas.

Media hora después, las bengalas iban trazando sus surcos indicadores.

Y Gregg Randal, enflaquecido, pero eufórico, apretaba contra su pecho la culata de la metralleta perteneciente a Tom Barletti, recibida de manos del sabio etnólogo Darius Jacobs.

En lo alto del rellano, dominando el anfiteatro, Buck Montez apareció sin armas. Iba bajando hacia el lugar en el que Primo Quiles «arañaba» a una oyana...

El mejicano tendió la mano hacia su metralleta. No era normal que regresase sin el capataz aquel flemático y contundente cazador...

Tocaba la culata, cuando desde el rellano aconsejó Randal:

—¡Quietud, quietud!...

Primo Quiles rebotó repetidamente, alejándose de sus armas. Las suyas y las de Niko Paluka...

Que recogió Montez, retrocediendo ante el grupo que, desarmado, olvidándose de saciar sus instintos, avanzaba amenazador...

Y que retrocedió en compacta formación al chispear ante sus pies varios disparos.

—Quietud, quietud —repitió Montez.

No podían oírse en el interior de «Montaña Hundida», el ronco vibrar de los aviones sembrando las setas blancas, de las que pendían agente coloniales y de la «Interpol», que iban a custodiar hasta la llegada de más refuerzos, la descubierta verdad de la leyenda oyana de los «Lobos Rojos» exterminadores.

CAPÍTULO XIII

Ruby Benton tomaba el té en la sala-bar decorada como un «*pub*» londinense. Yang-Hu, su personal mayordomo, abandonó la sala-bar, para ir a la recogida del correo transportado por el avión procedente de Georgetown y Kaietur.

Insertó Ruby Benton una ficha en la ranura junto al título «Embrujada».

Sollozó el clarinete, agudizando sus lamentos mientras suspiraba el coro de saxofones de Félix King.

En la abierta ventana, Gregg Randal cabalgó de lado, y al pasar al interior, preguntó riendo:

—¿Ves un fantasma?

Dilatados los ojos, miró ella los fragmentos de la tacita de porcelana mojándose en el derramado té.

Gregg Randal acalló el tocadiscos. Cogió la diestra de Ruby, y simuló un besamanos.

—Larga ha sido, mi odisea, Ruby, pero conseguí escapar. Una odisea increíble. Lo primero que hice al regresar a la civilización fue preguntar por ti. Estabas felizmente a salvo. Los que te raptaron fueron muertos por el «laceiro». Vicente, según corroboró la viuda Borel. ¿No sabes que fue tratando de rescatarte que me extravié por la región oyana?

Ya volvía a ser la inglesa inteligente y calculadora la que musitó:

—Te di por... perdido, como tantos otros...

—¿Rock Hyme? Yo tuve más suerte. Ignoraba que de mis tres compañeros de safari, uno era agente de la «Interpol». Sí, el cazador Montez. Ahora es algo así como el *sheriff* de «Montaña Hundida». Bueno, te hablo de cosas que escapan a tu entendimiento. ¿Te acuerdas de Darius Jacobs? Es ahora el presidente de la comisión de científicos que pueden estudiar muy de cerca la flora, fauna y raza oyana. Tienen un magnífico salón de conferencias. Increíble... Deberías haberlo visto. Jaspe, ónix, diamantes por los sillones... ¿Te acuerdas de Bruce Jerrod? Es el capataz minero en jefe, con participación en el rendimiento de los filones que infestan «Montaña Hundida».

Ruby Benton se dirigió al tocadiscos. Murmuró:

—¿Bailamos?

—A eso he venido.

Alargó ella las dos manos. La enlazó Randal, obligándola a volverse, mientras un disco desgranaba las melancolías de un vals existencialista.

El revólver colocado tras unos discos apilados sobre el «Sunbeam» seguía en la zurda de Ruby Benton. Pero apuntaba al techo.

Y manteniéndola enlazada por el talle, sujeta por la muñeca izquierda, susurró

Randal al nacarado oído:

—El apolíneo Frank, su esposa y, la banda de forajidos, pasaron a la jurisdicción colonial. Una jurisdicción eficiente por su rapidez. Nada de largos procesos. Los lobos de cualquier pelaje, son prontamente ajusticiados en la jungla. *Madame* Josiane Borel era muy íntima con los Camacho. Su pobre marido lo ignoraba. Luiza Camacho forma parte del personal renovado en «Montaña Hundida». Y no hay más novedad, aparte de que Yang-Hu no traerá el correo.

El revólver fue vaciándose, contra el techo, y Ruby Benton, apartándose, se frotó la dolorida muñeca.

Rientes los ojos, añadió Randal:

—Fuera te esperan los que van a trasladarte a Georgetown. La Justicia inglesa, es menos expeditiva. Creo que si no te ahorcan, envejecerás apaciblemente en cualquier penitenciaría.

Dos agentes coloniales entraron.

Al quedarse a solas, Gregg Randal puso una ficha. Le gustaba la voz de Yves Montand cantando «París, siempre París».

El Sena ya estaba canalizado, y podía tomarse unas vacaciones. Iría a Boston. Y seguirían llamándole «simpático fanfarrón» cuando contase la verídica historia de los horizontes febriles.

Epílogo

—Esmérate. Viene a cenar el profesor —dijo Montez.

Obylda aprendía inglés. Pero no sabía aún bastante, y por eso el profesor Jacobs pudo hablar sin ambages:

—La poligamia es costumbre oyana, pero no civilizada, Buck.

—De acuerdo, profesor.

—Luiza Camacho es camarera del campamento minero, Buck. Y vas demasiado por el campamento minero.

—Para conversar con Jerrod, que sueña con volver hecho un nabab a Londres.

Darius Jacobs decretó:

—Reina la paz, y ha de seguir reinando. Bruce Jerrod piensa llevarse por esposa a Luiza Camacho.

—Siempre la mujer. Yo sólo quiero a Obylda, y le consta a ella y a usted.

Acentuó Jacobs el prognatismo de su rostro, al sentenciar:

—Luiza se enamoró de ti en Lago Caroni. Me lo ha confesado. Por eso he dispuesto que vaya a Manaos. Tú eres el capataz jefe de vigilancia en Nueva Arizona, Buck. Y seguirás siéndolo, hasta que tus nietos vean realizada Nueva Amazonia.

—Amén.

La «Interpol» aceptó la dimisión de su agente número 40 Consideraba rotundamente justificado que el cazador prefiriese acechar el nacimiento de Nueva Amazonia.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel.

Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P. V. De brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Es el British Caribbean Dolar, y su abreviatura corresponde a British West Iridian. Equivale a 58 centavos de dólar. <<

[2] Policía Internacional. <<

[3] Tú no temas al cazador amigo, Obylda. <<